



ANIVERSARIO DEL ESTRENO DE "CAMPO"
(Fotografía de Roberto Lagarmilla).

La fecha de hoy señala un acontecimiento particularmente importante en la música uruguaya: el 40º aniversario del estreno del poema sinfónico "Campo", de Eduardo Fabini, quien aparece en la nota, el día del estreno, en el vestíbulo del entonces Teatro Albéniz, con el maestro Vladimir Shavitch que dirigió la obra, y la concertista Tina Lerner, que intervino como solista en el "Concierto" de Liszt, que figuraba también en el programa.

que así se efectuó, logrando el jesuita remontar el río "casi cien leguas", es decir: hasta las proximidades de la desembocadura del río Ibicuí, no pudiendo continuar por la hostilidad de los indígenas. Pocos años después, en 1626, el español Hernando de Zayas, sin más compañía que un cacique y "sin otro resguardo que un arcabuz", consigue unir con su canoa a Buenos Aires con el pueblo de Concepción quedando abierta así la gran vía de penetración del Alto Uruguay donde se asentaban las más prósperas reducciones jesuíticas.

Naturalmente que el uso de la misma implicaba todavía un rudo esfuerzo pues que llegadas las embarcaciones a los escollos del Salto Grande, debían ser desarmadas y pasadas sus piezas integrantes aguas arriba del obstáculo donde se recomponían para continuar la navegación. Aún así, el río Uruguay conducía a alguna parte. A aquellas 50 reducciones que reunían a más de 200.000 indígenas civilizados, productores de yerba mate, granos, frutas y tejidos. Centros poblados que debían mantener una constante comunicación con Buenos Aires. La expulsión de los jesuitas inició su decadencia reduciendo concomitantemente la navegación. Y cuando los pueblos de las Misiones Orientales se incorporaron al dominio portugués, su economía integrada de Río Grande del Sur, desvinculándose

EL RIO URUGUAY CONDUCIRA A ALGUNA PARTE

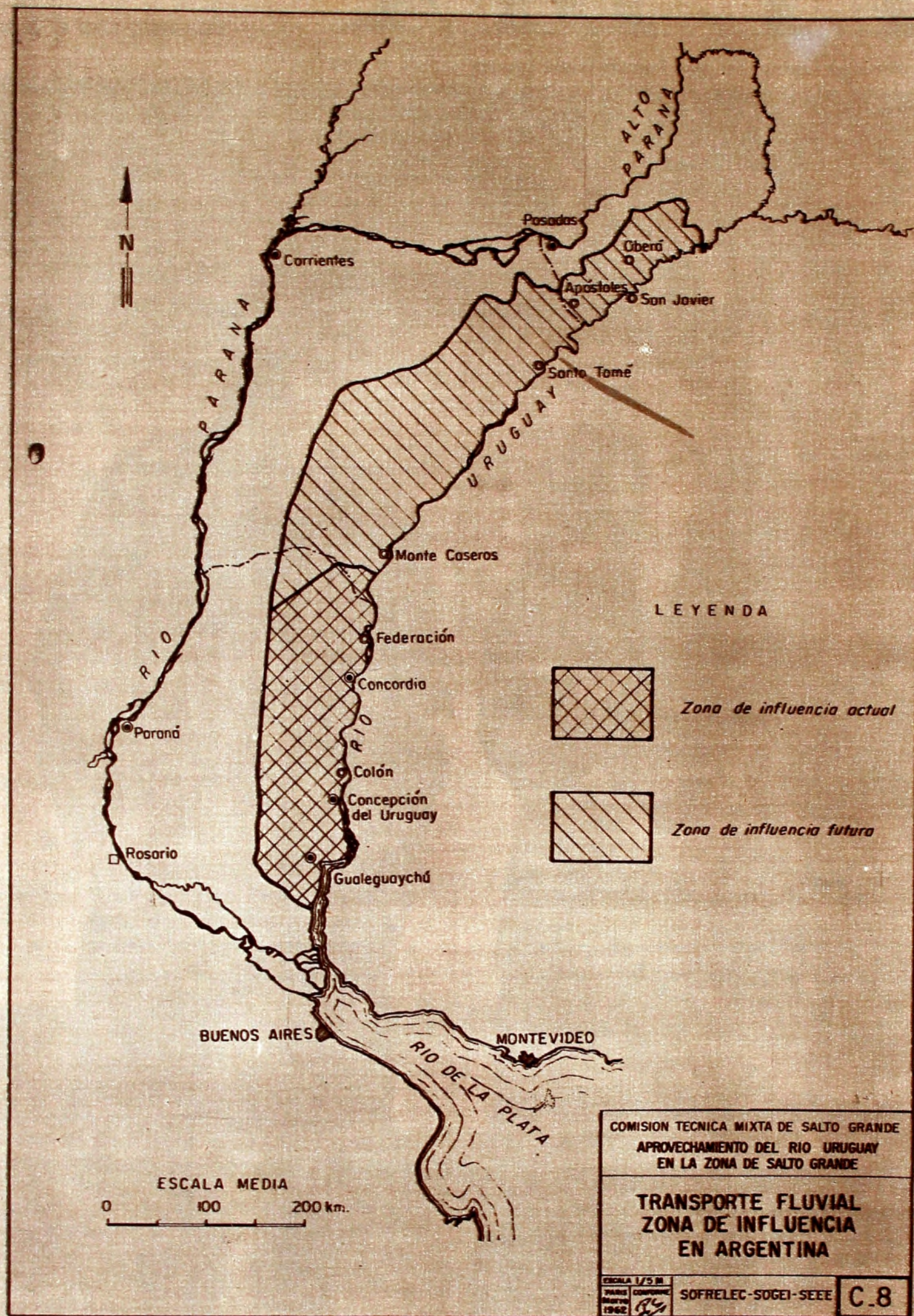
de los puertos del Plata. Sólo las poblaciones de Paysandú y Salto atraen alguna proa en comunicación espaciada. El río Uruguay, otra vez, no conduce a ninguna parte.

Avanza el siglo XIX y con él, el poblamiento de ambas márgenes del Uruguay: Paysandú, Salto, Concepción del Uruguay. A su vera, además, se organizan las industrias que benefician la ingente riqueza ganadera. Corrientes y Entre Ríos siembran también cereales. Los centros de intercambio entre las vastas campañas de estas provincias y la de la Banda Oriental, son los puertos de Buenos Aires y Montevideo por lo que el río Uruguay es exigido como vía de comunicación, única vía segura y expedita en aquellas comarcas sin caminos. Balandras y paylebots surcan las aguas, atracan a improvisados "puertos" de las riveras y llenan sus bodegas de cascos de grasa, de tasajo o charque; de cueros, de carbón de leña, que vacían en los dos puertos platenses para retornar con sal, yerba, ropas, artículos de consumo en general, que se transbordan en los improvisados puertos a las tardas carretas para su internación y distribución en la campaña.

Es un ir y venir de velas y de panzudas embarcaciones a remo en tráficos locales; pero todas ellas tienen un destino limitado en su navegación al Norte: Salto o Concordia. Poco más allá, los arrecifes negruzcos que atraviesan el río limitan su destino. Las aguas vienen desde lejos; desde las quebradas estribaciones del sistema de la Sierra del Mar; pero las emergencias basálticas que fragmentan la continuidad del lecho condicionan su utilización; reducen su intervención en el proceso evolutivo integral de las vastas regiones que atraviesa.

Río de destino limitado. Aún más cuando rieles y caminos pavimentados unen los puertos de sus riveras con los de Buenos Aires y Montevideo. Ferrocarriles y camiones rivalizan con las proas y terminan por reducir las en una competencia que integran muchos factores.

En los últimos años, el Uruguay retorna a aquella característica de principios del



Transporte fluvial. Zona de influencia argentina. Aprovechamiento del río Uruguay en la zona de Salto Grande.

MAS de un siglo transcurre, luego de hechas sus aguas por la proa indagadora de la "Santiago" que piloteaba Juan Rodríguez Serrano, para que el río Uruguay fuese corriente que condujera a alguna parte.

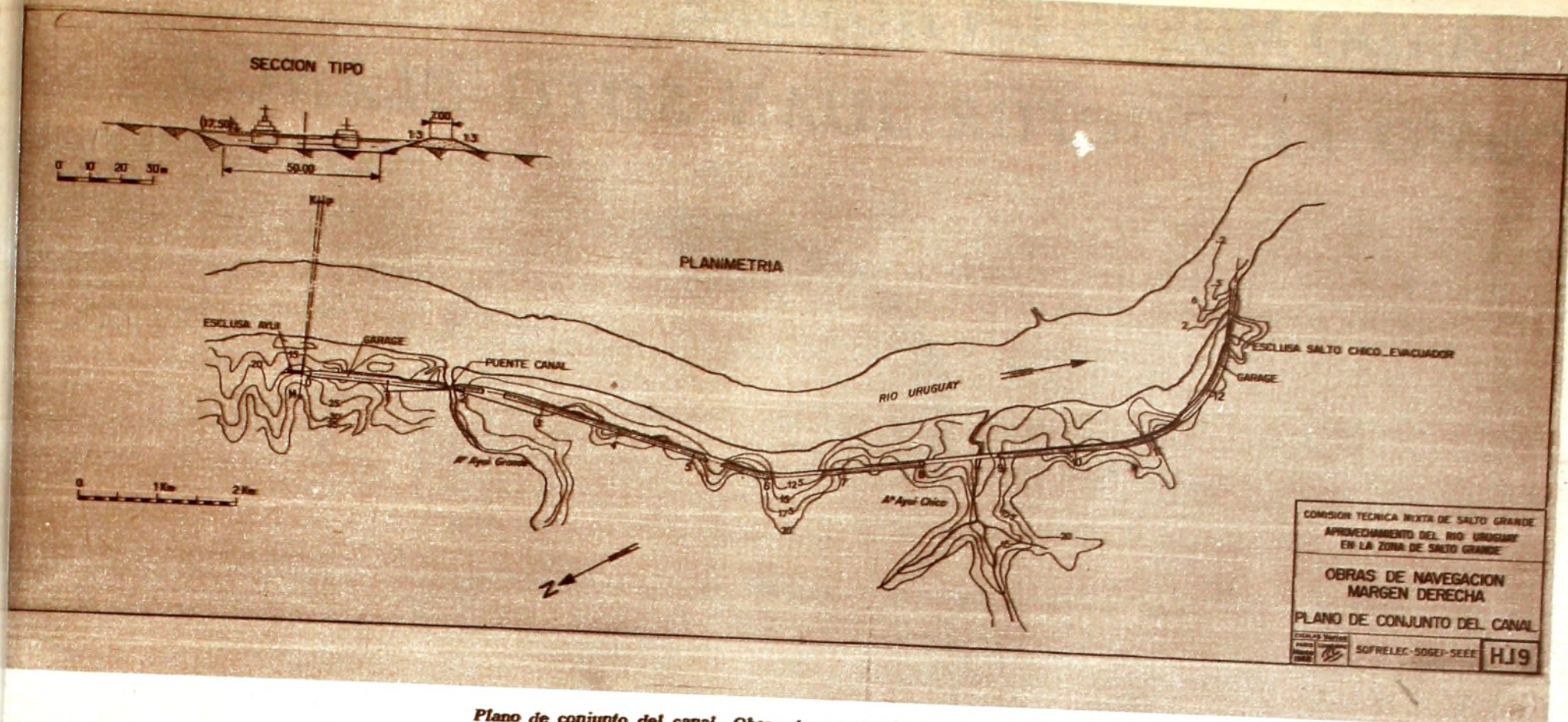
Establecidas sus reducciones de Paraguay, el celo misionero jesuitico es estimulado por las grandes concentraciones de pueblos gentiles expandidos en las tierras del Alto Uruguay, a una y otra margen del río. Y de 1619 hasta los últimos decenios del siglo XVII, fundan numerosos pueblos al Sur y al Norte del paralelo 28, o sea en aquella región en que se estrecha

el actual territorio argentino de Misiones por la aproximación de los ríos Paraná y Uruguay.

En toda la extensión de la Banda Oriental no hay otra población que la Colonia del Sacramento y todos los pueblos de las misiones jesuíticas dependen política y eclesiásticamente de las respectivas autoridades de Buenos Aires. Para comunicarse esta capital con aquellas lejanas dependencias, no se conoce otra vía que la del Paraná, desde su delta platense hasta la lejana provincia de Itapúa. En la reducción de Nuestra Señora de la Encarnación, se abandonaba la vía fluvial para continuar

las comunicaciones por tierra debiendo salvarse por el bien conocido paso de San Borja, sobre todo, el cruce del río Uruguay, para alcanzar los pueblos de las Misiones Orientales.

La directa navegación del Uruguay hasta ellos, suponía una reducción de 500 kilómetros, o sea: ahorro de varias semanas y de mucha fatiga. Tal posibilidad fue alcanzada recién en el segundo decenio del siglo XVI, cuando el Gobernador Diego de Góngora obtiene del padre provincial Pedro de Oñate, que el misionero Pedro Romero, "ducho en el trato de indios, hiciera una entrada río arriba por el Uruguay", lo



Plano de conjunto del canal. Obras de navegación, margen derecha.

siglo XVII: es un río que no conduce a ninguna parte.

El 30 de diciembre de 1946, los cancilleres de las repúblicas de Uruguay y Argentina firman un convenio para el aprovechamiento integral del río. El proceso del desarrollo económico de los dos Estados necesita de sus aguas para el regadío, para la transformación de su energía cinética en electricidad. Y también para la navegación. Y para una navegación permanente y de cierto desplazamiento de manera que tornarla económica. Para que intervenga en el proceso del desarrollo de las tierras de su cuenca hidrográfica.

Para lograr ese aprovechamiento integral del río, los técnicos han proyectado la construcción de una represa cuyo coronamiento —aprovechado como puente carretero de 11 metros de ancho con una calzada de 7 mts.— levantará a 33 metros sobre el nivel del mar, originando un embalse de 3.630 hectómetros cúbicos, capaz de alimentar 2 centrales hidráulicas de 16 turbinas para proveer una potencia garantida de 745 MW.

Este caudal de aguas extendido al Norte del muro de represamiento y la regularización de la caudal derivado del mismo, aseguran magníficas perspectivas para los cultivos con regadío en vastas zonas de nuestro país y de la Argentina. Pero, ¿cómo se asegura la navegación? No desaparecen los escollos de Salto Grande ni de Salto Chico y el muro de hormigón atravesará el río de margen a margen en el Ayuí. Porque la producción de energía eléctrica que garantice el desarrollo industrial y social de dos Estados; la posibilidad de regadío que asegure posibilidades de alto rendimiento a los cultivos intensivos y aún la disponibilidad de agua suficiente para los servicios de varios centros poblados, no pueden determinar la invalidez del río a la vez que siga interviniendo —y aún en forma más eficiente— en el proceso del desarrollo económico de las ricas regiones ubicadas aguas arriba de la represa. Ya en los términos del precitado convenio de 1946 se estableció como segunda prioridad en las obras de aprovechamiento del río, la "utilización para la navegación". Y

esto es perfectamente lógico dada la intervención que cabe esperar en el uso del río como vía de salida de la producción de la región mesopotámica argentina, del occidente riograndense brasileño y de los departamentos de Salto y Artigas del Uruguay.

En lo que respecta a éstos y tomando como zona de influencia una franja de 100 kilómetros de ancho paralela al río, su utilización sólo tendrá incidencia en la medida que estimule la plena utilización de tierras feraces favorecidas por un microclima favorable al desarrollo de ciertos cultivos especiales de alto valor comercial. Especialmente, habrá de considerarse las posibilidades que ofrece la zona para el cultivo intensivo de la caña de azúcar. Gran parte del déficit de 70.000 toneladas anuales que mantiene la producción nacional, pueden ser producidas allí, generando un apreciable volumen de carga. Lo mismo puede decirse del maní y de la industrialización de los citrinos.

En lo que respecta a la República Argentina, las realidades y perspectivas son distintas según se consideren los territorios de Misiones, Corrientes y Entre Ríos.

Hasta el presente, la producción misionera de yerba mate, maderas, tabaco, tung, extracto de quebracho, etc., tiene salida por el Paraná; pero la deficiencia de los caminos de acceso a sus puertos y la congestión del tránsito fluvial, limitan el desarrollo de la producción. Un mejoramiento del tramo del ferrocarril que une Posadas con Santo Tomé así como de los caminos de acceso a los puertos del río Uruguay, operando la interconexión de ambos ríos, reservaría la vía del Paraná para el tránsito pesado dejando para el río Uruguay el más liviano, por ejemplo para los citrinos cuya cosecha se pierde en gran parte cada año por imposibilidad de transporte. El uso del río Uruguay resolvería en forma inmediata el aislamiento del centro, Sur y Este de Misiones encauzando en forma económica el transporte del 45% de la producción de aceite de tung y de la yerba mate, el 60% de la de tabaco, el 80% de la de té y el 15% de la de madera.

Corrientes es un caso típico del desequilibrio económico-social provocado por la existencia de dos ríos: uno totalmente navegable y el otro no. A lo largo del Paraná,

entre las ciudades de Corrientes y Goya, se ha desarrollado una activa región que con una densidad promedio de población de 6,5 habitantes por kms.2, produce algodón, arroz, tabaco, citrus, dentro de una estructura agraria relativamente dividida. En cambio, las tierras extendidas en la margen derecha del río Uruguay y dentro de su zona de influencia, están destinadas a la ganadería extensiva con una población de 3,6 habitantes por km.2. La existencia de un río inútil, que no conduce a ninguna parte, es la causa fundamental de esta diferencia de estructura económica, no permitiendo el desarrollo de una ganadería refinada ni la de una agricultura especulativa como la que prospera en el oeste de la provincia.

Las cargas que Corrientes podría entregar al río Uruguay estarían constituidas por ganado, arroz y cereales, fundamentalmente. El congestionamiento del ferrocarril Santo Tomé - Monte Caseros así como el mal estado de las rutas 114, 126 y 127 que corren paralelas al Uruguay, mantiene en los pobladores de la zona la esperanza de utilizar alguna vez el río para el transporte del ganado en pie, el arroz y el girasol, liberando así la disponibilidad de vagones y camiones para los citrinos, las hortalizas y productos perecederos, así como para el transporte pesado y material de equipamiento. En una palabra, la apertura del río Uruguay para una navegación permanente de un cierto calado —6 pies (mt. 1.80)— colocaría a la zona oriental de Corrientes en condiciones similares a la occidental, resolviendo problemas económicos y sociales que detienen los mejores impulsos de progreso.

Un problema similar confronta Entre Ríos aunque con variantes favorables para la parte sud-oriental, aguas abajo de Concordia, puerto hasta el cual el Uruguay es navegable hasta 9 pies (2.74 mts.).

Por último, la influencia de la navegabilidad permanente del Uruguay sobre Río Grande del Sur, sin entrar en consideraciones particulares que haría demasiado extenso este trabajo, quedaría demostrada por la actividad desplegada en los últimos tiempos por los pobladores de Itaquí, San Borja y Concepción para obtener una modificación en la altura de la represa, de la costa

+ 33 a la + 37, con lo cual la posibilidad de utilización del río con embarcaciones permanentes de hasta 6 pies, se extendería hasta Barra Concepción y permitiría, mediante obras de conexión de los ríos Ibicuí —afluente del Uruguay— con el Yacuí —afluente de la Laguna de los Patos— unir la zona de influencia de Porto Alegre —que hoy depende de la salida al Atlántico— con los puertos del Plata a través del río Uruguay.

La posibilidad de tornar a éste navegable en forma permanente más allá de los obstáculos de Salto Grande y del muro de la represa, hasta alcanzar Santo Tomé o Concepción, se confiaría a un canal lateral de unos 13 kms., de longitud, socavado en territorio argentino, regulado por 2 esclusas situadas en ambos extremos. Su fondo —de 50 metros de ancho— estaría a 4 mts. de profundidad del pelo de agua. En uno de los planos de ilustración se muestra gráficamente el incremento de la zona de influencia de la navegación del río lograda mediante la construcción de la represa del río Uruguay y su canal lateral. Tal zona, sólo en las provincias mesopotámicas argentinas, será de 77.410 Kmts.2 habitados por más de 600.000 almas. Luego de unos años, operadas ciertas mejoras en las obras de vialidad concurrentes a los puertos, el volumen de carga que podría circular aguas abajo superaría los 2.000.000 de toneladas anuales. Hoy no llega a las 100.000.

Económica y socialmente, pues, la navegabilidad permanente del Uruguay quedaría plenamente justificada por el volumen previsible del tráfico y la incidencia sobre regiones retardadas, de precario desarrollo, huérfanas de colonización por su aislamiento.

El río Uruguay, en el próximo decenio de este siglo XX, podrá retornar a aquella condición de los primeros decenios del siglo XVI: ser un río que conduce a alguna parte.

LIEUTENANT

(Especial para EL DIA)

NOTA: Los planos que ilustran esta nota así como los datos técnicos y económicos pertenecen al trabajo presentado a los gobiernos de Uruguay y Argentina por la compañía contratada por la Comisión Técnica Mixta del Salto Grande para el estudio integral de las obras de aprovechamiento del río Uruguay.

• Solidez • Seguridad • Experiencia

BANCO DE COBRANZAS

Desde el siglo pasado, construyendo el futuro



SARANDI ESQ. ZABALA
Y SUS AGENCIAS

CUANDO MUERE UN HOMBRE COMO EL DOCTOR JUAN SOTO BLANCO



HAY hombres que se nos quedan a mitad del camino. Parece que uno viera truncárseles la vida cuando sólo llevarán cumplida una parte corta, que apenas sirvió para amojonar la trayectoria, pero que señalaba una abertura de compás mucho más extensa.

Uno advierte que les quedó mucho por hacer, que necesitaban mucho más tiempo para desarrollar todo el vigor creativo de su personalidad. Son hombres que nos parecen un puente a medio construir. Se nos alcanza a vislumbrar su majestuosidad, enlazándole mentalmente con la otra orilla, supliendo con nuestra imaginación lo que hubieran podido hacer, lo que estaban llamados a hacer, si el Destino les hubiera permitido llegar.

Y sabemos que es así porque el espacio de vida que le conocimos es como el sólido ensamblado de hierro del puente; lo que nos da la medida, lo que nos aporta el dato real. Pensamos lo qué sería el vacío cubierto por esa vida-puente, a través de nuestra contemplación del muñón truncado, por la majestuosa solidez de esos mojones o hitos que quedaron para siempre como testimonio.

Una vida así fue la del Dr. Juan Soto Blanco. Una vida que se había proyectado hacia adelante y que necesitaba una veintena de años más para dar de sí toda su savia. Una vida que podemos juzgar completa, pero que sabemos rota antes de tiempo, en la plena madurez y el total vigor de un talento privilegiado y una entrega sin límites.

Eso es lo subjetivo. Lo que queda hay que encerrarlo en límites, prescindiendo del convencimiento de que al hombre se le quedaron ilusiones nobles por cumplir, obras por hacer, misiones que llenar, bondad por repartir, ciencia por impartir. Lo que queda es lo objetivo: lo que hizo, lo que logró, la huella concreta de su paso, la biografía que empieza tal día de tal mes de tal año y termina en el Cementerio, entre la pesadumbre de los amigos y el homenaje silencioso de aquende y allende las fronteras de la amistad.

Visto desde este ángulo, al Dr. Soto Blanco le sobran a la hora de morir realizaciones como para estar seguros de que cumplió un ciclo con creces. Lo que fue y lo que hizo bastan para acreditarle el verso: "Ya está mi vida cumplida, / ya nada

que hacer me queda". Y para que la República le reconozca, con justicia, como uno de sus hijos beneméritos.

Había nacido en Montevideo, el 29 de setiembre de 1901. Era, pues, de esta generación uruguaya que vio la luz con el siglo, que ha percibido la más honda y trascendental transformación operada en la República y en el mundo entero, y que, en alguna medida, ha contribuido a realizarla. El Dr. Soto Blanco cumplió su parte en el terreno de la Medicina: fue un cirujano que dejó escrito su nombre en los anales de la Ciencia. De la ciencia infra-fronteriza y extra-fronteriza, pues su nombre y su fama habían trascendido los límites de lo nacional.

Ingresó el Dr. Soto Blanco a la Facultad de Medicina en 1922 y se graduó de Médico en 1928 con altas calificaciones. Hizo luego concurso oposición para ocupar el cargo de Jefe de Clínica Quirúrgica. En 1933: Profesor Agregado de Cirugía. Después: Profesor de Clínica Quirúrgica de la Facultad, y Director del Sanatorio "Luis P. Lengua", del Círculo Católico de Obreros.

Apoyado en estas dos facetas: la Dirección del Sanatorio y la Cátedra, le hemos conocido. Las vigiliadas las dedicó a consignar para los demás el resultado de sus experiencias y es por eso que muy importantes y numerosos trabajos sobre la especialidad quirúrgica llevan su firma. Las más importantes instituciones científicas de nuestro país, la Asociación Argentina de Cirugía, el Colegio Internacional de Cirujanos de Chicago, el de Surgeons, la Asociación de Congresos Interamericanos de Cirugía, acogieron al Dr. Juan Soto Blanco con el cariño y el respeto al que como hombre y como autoridad científica se hacia acreedor.

Murió el 28 de marzo último. Dejó hecho lo bastante como para asombrar por su capacidad, su fecundidad, su preclara inteligencia, su voluntad de lucha, su renuncia de sí mismo, su entrega a los demás. Dejó la siembra de bondades y de generosidad a que le impulsaban su corazón grande y su espíritu noble.

Pero en el fondo de quienes le conocimos, a pesar de rendirle homenaje por haber cumplido un ciclo vital con honor y con grandeza dejando amojonado de realizaciones su paso por el mundo, el Dr. Soto Blanco nos parecerá una vida-puente, que se cortó de súbito cuando aún le faltaban tramos por construir. Y pensamos, juzgando por las grandes obras que le vimos realizar, las obras inmensas que se le quedaron por hacer.

40 AÑOS DE UN HECHO MEMORABLE EL ESTRENO DE "CAMPO" DE FABINI

La fecha de hoy señala un acontecimiento particularmente importante en la historia de la música uruguaya: el 40º aniversario del estreno del poema sinfónico *Campo* de Eduardo Fabini. La audición tuvo lugar en el hoy obsoleto Teatro Albéniz, en la calle Montevideo, de Montevideo, predio que actualmente ocupa el edificio del cine "Radio Pío". Poco tiempo antes de este suceso, el teatro había cambiado su nombre por el de "Catalunya" por el del ilustre compositor catalán autor de "Iberia". Y los recuerdos personales alcanzan a los inolvidables emociones infantiles, cuando todavía era Teatro Catalán, así como su ulterior transformación en sala de cine; entonces, bajo el fantasmagórico nombre de "Montserrat", permaneció hasta 1937. Esa vieja sala, con su extraña arquitectura, sus ladrillos y otros detalles y sus característicos vericuetos del vestíbulo y los pasillos, fue el escenario de un hecho capital para la creación musical uruguaya. Allí tuvo lugar, en la noche del 29 de abril de 1922, —sábado—, el concierto organizado a beneficio del Sanatorio de Empleadas, de nuestra capital. El programa, figuraba, con carácter de obra principal, la obra que habría de convertirse en la primera manifestación cabalmente sinfónica del paisaje y del espíritu uruguayos: *Campo*, que fue interpretado por una orquesta integrada por 70 instrumentos, bajo la dirección del entonces joven compositor ruso Vladimir Shavitch, —emigrado de su país a raíz de los sucesos políticos de 1917, y radicado en Montevideo, donde daba lecciones de piano y de canto. La obra había sido ubicada al comienzo del programa como extenso, bien dentro de la programación del mismo género. Véase, si no, la lista de los programas: Obertura de "Eurydice" de Weber, Marcha fúnebre de "Heroica" de Beethoven, "Los Maestros Cantores" de Wagner, II, Concierto Nº 2, en la mayor, de Liszt (solista: el pianista, esposa del maestro Shavitch), "Solemn" de Elgar, III, *Campo*, poema sinfónico (1ª audición, Manuscrito), de Eduardo Fabini, y "Marcha Eslava" de Tchaikovsky.

En el anuncio de este concierto, la prensa local no había permanecido inactiva. El hogar de Eduardo Fabini era virtualmente asediado por cronistas que deseaban levantar alguna primicia acerca de la obra de la cual tanto se había hablado (mejor diríamos "rumoreado"); pero la obra permanecía enteramente desconocida para todos, menos para quienes debían ser sus intérpretes, y para el violinista chileno Rodolfo Mora, a cuya gestión personal y activa, se debió el impulso final que hizo posibles estas tres cosas: primera, que se terminase de ordenar sus manuscritos, las hojas, esparcidas al azar, durante su trabajo que realizó entre 1909 y 1912. Segunda: que ese manuscrito fuese copiado por un experto calígrafo (la elección recayó en el compositor Benone Calcavecchia, a la sazón, trombonista de la Banda Municipal). Tercera: que la obra fuese previamente conocida por maestros de innegable prestigio, como lo era Franco Paolantonio, uno de los directores estables del Teatro de Buenos Aires. El tesón y la pasión se conjugaron con armonía y firieron a la persona de Mora. Y *Campo* quedó en tinta, conocido y aceptado por Paolantonio. Esto sucedió en 1921, cuando Montevideo no disponía de orquestas sinfónicas estables. Era preciso aguardar hasta que, por los esfuerzos que dejamos consignados, fuese organizado un concierto sinfónico "extraordinario" (como todos los de entonces), y que su dirección a un joven artista extranjero, que había compartido, con Paolantonio, su admiración por la partitura de Fabini. En vísperas del estreno, "obscurecido" por los periodistas, éstos se arrancaban al maestro, estas frases,

que prácticamente nos dicen todo, acerca de la forma y el contenido de *Campo*:

—"...Quise imitar, lo más posible, el sonido del acordeón, que me parece el más típico, y el que mejor expresa las modalidades de nuestros estilos y tristes..."

"No sé si la necesidad me ha obligado a ello; pero el caso es que durante mis 7 años de estada en campaña, trabajé siempre de noche. *Separado un tanto de todos, probaba, en el silencio de la noche, las armonías en mi armonium, y la Naturaleza me daba el tono.*" (El subrayado es nuestro).

Difícilmente, un autor podría haber definido mejor, lejos de toda explicación técnica, la forma y el alcance de una de sus obras. En las palabras de Fabini, recogidas por EL DIA en su edición del 28 de abril de 1922, se alude, pues, a la condición de soledad, al sonido agreste de los acordeones, al encanto de los ensayos en el silencio nocturno; y, sobre todo esto, como una pátina ennobecedora, siempre aparecen la soledad circundante, y "la Naturaleza, que da el tono".

LO QUE "CAMPO" REVELA

El éxito inmediato y resonante de *Campo* no fue meramente circunstancial; y es

forma, aunque lógicamente impregnadas del mismo espíritu. Hoy comprendemos bien, aquello que sólo podía ser atisbado hace 40 años. Vemos que las siete notas iniciales del poema, que cantan el óboe y el fagot a 2 octavas de distancia, representan la condensación extrema de todo nuestro paisaje. En ellas, la soledad y el silencio parecen rozados, pero no heridos. El resto del poema, —con los altibajos propios de casi todas las primeras composiciones dentro de un género tan complejo como el sinfónico—, contiene una serie de aciertos y premoniciones. No existe, allí, ningún material dado de antemano; toda cita folklórica (con excepción del mencionado Triste), ha sido evitada por certera intuición de artista.

En realidad, pensamos que Fabini hizo de su paisaje nativo, un estado de ánimo: una emoción infusa que es también la nuestra. Por eso, parece contenernos a todos los uruguayos, con nuestras virtudes y debilidades, nuestra tradición de libertad, y enraizamiento en la leyenda.

Pese a su aparente simplicidad, derivada de su continuo fluir melódico, la partitura de *Campo* revela, —para quien la oye bien, o la analiza leyéndola— una asombrosa complejidad. La lógica trabazón de

la isla de los Ceibos, el honor de ser la primera obra sinfónica latinoamericana, grabada fonográficamente por una compañía estadounidense. Ese era, hasta hace poco, el único registro de que nuestros aficionados disponían, para gustar de *Campo*. Hoy, la Facultad de Humanidades y Ciencias y el SODRE, han lanzado sendas ediciones de discos comerciales modernos, que contienen el famoso poema, junto con otras obras de Eduardo Fabini. La lista de directores extranjeros que lo han incluido en programas ofrecidos en Montevideo, en los EE. UU. y en numerosas capitales europeas, es hoy enorme. Nuestro público recuerda, a ese respecto, las versiones debidas a Fritz Busch, Paul Paray, Lamberto Baldi, Juan E. Martini y otros maestros; pero lógicamente ignora cuántos otros fueron sus intérpretes; en Bilbao, Madrid, París, Londres, Bruselas, Berlín, Leningrado, Praga y en otros importantes centros europeos. Especialmente a Vladimir Shavitch, que condujo su estreno en 1922, "*Campo*" debe una intensiva difusión en ambos continentes. Y fue este maestro, quien volvió a dirigirlo, en el SODRE, el 19 de junio de 1947, cuando todo el Uruguay conmemoró, con innumerables actos, el primer cuarto de siglo de vida pública del poema.



El maestro Vladimir Shavitch al frente de la orquesta sinfónica, formada por 70 profesores, inaugurando la temporada de conciertos en el SODRE, en 1947, con el poema sinfónico "*Campo*" de nuestro gran Eduardo Fabini.

temos tentados de pensar que sólo al cabo de muchos años, pudieron ser adivinados, en toda su magnitud, el mensaje y el significado trascendentes de este poema. Quizá, al público de 1922, no pudo advertir con claridad, que se hallaba frente al trabajo de un músico de gran jerarquía, y no simplemente ante la obra de un folklorista o de un rapsoda. La terrible (no encontramos otra palabra para calificarla) modestia de Fabini había conspirado, ciertamente, contra la rapidez de apreciación popular de los valores intrínsecos de la obra. En efecto, en las crónicas de la época, poco anteriores a la fecha del estreno, el autor se había limitado a manifestar: "nuestro público los reconocerá en seguida" para referirse a dos o tres motivos típicamente criollos que existen en la partitura (sólo uno de ellos, auténticamente folklórico: el del "Triste", que entona el óboe). Pero la realidad es muy distinta. Prácticamente todo *Campo* está tan lejos del folklore uruguayo, como la *Iberia* de Debussy, del español. Es producto de la invención pura, modelada por vivencias largamente apresadas, a través de años de vida en común con nuestros campesinos, nuestro paisaje y nuestras tradiciones. Tierra y leyenda, por mano del artista creador, afloran, así, en manifestaciones de nueva

elementos muy heterogéneos, presta claridad y transparencia, a lo que, de otro modo, se hubiese convertido en oscuridad o cerebralismo. Precisamente, esa claridad, que para tantos espíritus equivocados puede representar una cualidad negativa, pudo obrar en contra de "*Campo*", al menos, en el pensamiento de algunos pocos, ante quienes deberíamos reiterar que Fabini nunca trató de enturbiar el agua, para parecer profundo. Las ulteriores transformaciones de su estilo, que van desde "La isla de los ceibos" hasta "Mañana de Reyes", representan un aumento de la complejidad, sin menoscabo de la claridad de esta música, que parecería complacerse en esconder su verdadera riqueza y diversidad interiores.

Campo, surgido en Montevideo, hijo del Paisaje y de la Leyenda, se hizo prontamente ciudadano del mundo. Su primer "espaldarazo" data del 23 de agosto de 1923, cuando Richard Strauss lo incluyó en uno de los programas que la Filarmónica de Viena ofreció, bajo su dirección, en el Colón bonaerense. Posteriormente, en 1925, conoció en Washington, la ovación popular más clamorosa, al ser estrenado, allí, por V. Shavitch.

Dos años más tarde, compartió, con La

(Shavitch falleció el 30 de diciembre de ese mismo año, en Palm Beach, Florida, Estados Unidos).

La historia de *Campo* no se cierra. Diríamos que tal vez ahora recomience, puesto que los registros modernos han probado su directa eficacia en el conocimiento internacional de toda obra musical. Ese es el caso en que nos hallamos ahora, cuando disponemos de discos "long play" donde la obra surgida en 1922, dirigida por Lamberto Baldi, —uno de los más autorizados intérpretes de Fabini—, puede llegar hasta el hogar de cualquier habitante, en cualquier país. Se completa, pues, el ciclo de afirmación de la "ciudadanía mundial de *Campo*".

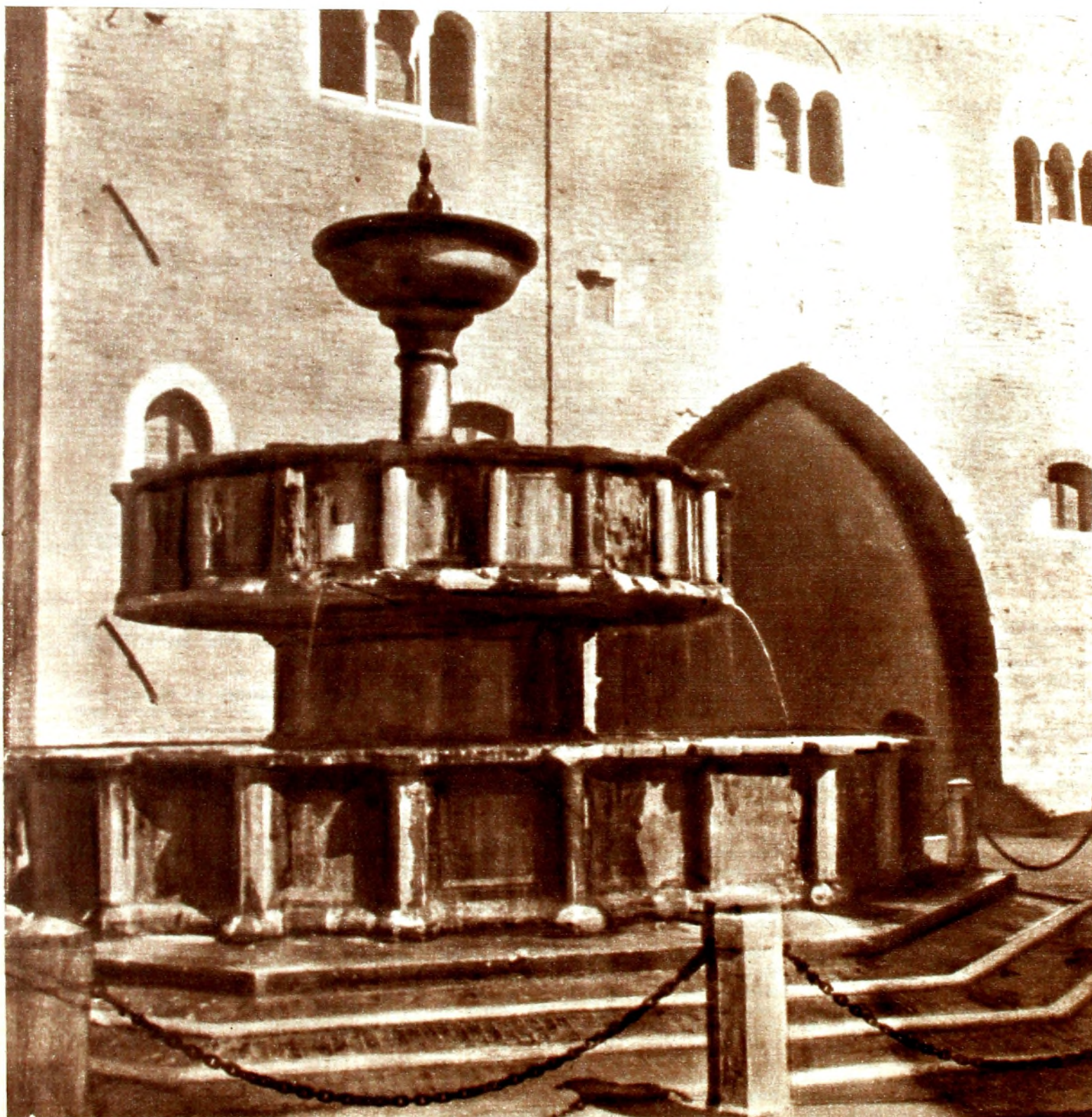
De la trascendencia de aquel estreno, de hace hoy 40 años, en la actividad creadora ulterior de Eduardo Fabini, nos hemos ocupado en numerosas ocasiones. Y por eso, quizá debamos agregar un mérito más, a los intrínsecamente musicales del hoy famoso poema: el de haber propiciado el pleno vuelo de un compositor que puede hoy contarse entre los más significativos de las tres Américas.

Roberto LAGARMILLA

(Especial para EL DIA)



EL SAGRARIO, del Templo de la poesía en Recanati. La biblioteca de Leopardi.



LA ENTRADA AL PALAZZO DEL PODESTA (Siglo XIII) y la Fuente (Siglo XV) en Fabriano.

LA distancia entre la divinidad y la humanidad es tan grande que los hombres pensaron en la necesidad de intermediarios capaces de transmitirles la divina voluntad. Y, naturalmente, consideraron que los mejores intermediarios debían ser los pájaros, porque los pájaros, volando a gran altura, se acercan a la celeste morada de los dioses, y bajando hacia la tierra sobrevuelan las viviendas de los hombres.

Es sabido que nuestras palabras "augurar", "inaugurar", "augurio", así como el título de AUGUR que se le daba al sacerdote que interpretaba el vuelo de las aves, derivan precisamente de AVIS —ave—; y es sabido también que el vuelo y el canto del Pico Verde transmitían la voluntad de los dioses a los Itálicos primitivos.

Ovidio dice en "Las Metamorfosis" que el Pico Verde era hijo de Saturno y padre de Fauno, y que antes de ser el hermoso pájaro de plumas verdes y rojas era un joven tan perfecto que todas las ninfas de los bosques y de las fuentes se enamoraron de él; pero como solamente la bella Camena —la ninfa de voz melodiosa— fue la preferida, la celosa Circe por arte de magia lo transformó en pájaro. Camena no pudo resistir al dolor y se esfumó en el aire; por eso, cuando el bosque murmura con mil voces arcanas, no es, como cree la gente, el viento que murmura entre el follaje sino la voz melodiosa de la ninfa que llora la pérdida de su amado.

El Pico Verde guió una emigración de jóvenes Sabinos que bajó de las montañas y, siguiendo el curso de los ríos que desembocan en el Medio Adriático, llegó a la región comprendida entre el Norte de Ancona y el Valle del río Tronto donde se estableció.

Esta región se llamó PICENO en recuerdo y en honor del Pico Verde, el hermoso pájaro que había guiado felizmente la emigración de jóvenes Sabinos hasta estos lugares de amenos valles, de verdes colinas y de ríos limpidos y murmurantes.

Todo esto, que afirma Plinio en el Libro III de su Historia Natural y que lo confirman Estrabón, Festo y Servio, es indudablemente muy poético porque la leyenda cubre la Historia con un velo de poesía;

POR LAS

pero cuando con el pasar de los siglos la prosa se sobrepuso a la poesía y la Historia a la leyenda, y los bárbaros y los civilizados se unieron para dividir Italia, la región del Piceno cambió de nombre y se llamó LAS MARCAS porque marcaba las fronteras entre italianos e italianos.

Se cambió el nombre, pero la población quedó Sabina, es decir perteneciente a esa raza ancestral cuya aparente rudeza esconde un carácter dulce y delicado, carácter que los más grandes descendientes de aquellos antiguos Picenos han inmortalizado en sus obras. Porque estos grandes descendientes se llamaron Rossini, Rafael, Bramante, Leopardi, Gentile da Fabriano y Pergolesi.

Iesi es la ciudad natal de Pergolesi. Dejamos Fabriano con su severo Palazzo del Podestà del Siglo XIII, digno fondo a la moderna Piazza della Repubblica y a la fuente del Siglo XIV, y llegamos a Iesi entre espléndidos paisajes atravesados por la carretera "Statale N° 76" a la cual, entre las dos ciudades antedichas, afluyen otras seis carreteras. Una de ellas, que se une a la "Statale" a unos cinco kilómetros de Iesi, pasa por una pequeña ciudad que se llama Cingoli, la cual cuenta con dos mil habitantes y con un panorama estupendo —uno de los más estupendos panoramas de Italia— que se divisa desde su altura.

Los dos mil habitantes de Cingoli no pueden sostener los gastos de un museo, en cambio conservan en el altar mayor de su iglesia de San Doménico un cuadro de Lorenzo Lotto, o sea de uno de los primeros artistas del Renacimiento que sintió y transmitió en sus obras la poesía de la naturaleza y la nobleza de los caracteres. Y como en esta región hay ambas cosas, existen en Las Marcas muchos cuadros de Lorenzo Lotto, casi como símbolos. Símbolos que contrastan con las modernas y sonantes fábricas de Iesi, la ciudad que en nuestro siglo de las máquinas sustituyó la dulzura y la frescura juvenil de la música de Pergolesi con el roncar de los motores.

Porque aquí —como en otras regiones de Italia— todo es contraste: frente a las fábricas se levanta el perfil soberbio del

palacio de Federico II, quien nació en Iesi y murió emperador del Sacro Imperio Romano - Germánico; frente a los antiguos castillos de Cupramontana, de Maiolati Spontini, de Castelplanio y de Rosora, se levantan las modernas centrales hidroeléctricas capaces de desarrollar quinientos millones de kilowat-horas; y frente a las profundas y tenebrosas minas de azufre están los verdes campos primorosamente cultivados y cruzados por blancas carreteras que se pierden en la lejanía.

EL NOVENTA Y SEIS POR CIENTO de la superficie total de Las Marcas es cultivada, el cuatro por ciento restante es ocupado por ciudades, aldeas, ríos, líneas férreas y carreteras; y sobre esta superficie total, que no alcanza a diez mil kilómetros cuadrados, se extienden ocho mil setecientos kilómetros de carreteras; o sea casi un kilómetro de carretera por cada kilómetro cuadrado. De lo cual se deduce que es muy difícil encontrar otra región en el mundo que disponga de una red vial tan admirablemente dispuesta, red que cruzando ríos torrentosos y valles profundos, montañas abruptas y campos florecientes, oscuras gargantas y suaves colinas, termina en las playas doradas del Adriático.

¿Para qué queréis recorrer el mundo? —decía el Príncipe de Camerino a un joven que había ido a despedirse de él para visitar regiones lejanas. —¿Para qué queréis recorrer el mundo? Idos a Macerata y encontraréis hombres, mujeres, montañas, valles y ríos; recorriendo el mundo no veréis otra cosa.

Camerino dista unos cuarenta kilómetros de Macerata; ambas ciudades, además de sus riquezas artísticas, son sedes de Universidades, o sea de templos de la Ciencia; y en la misma Provincia de Macerata —una de las cuatro provincias en que se dividen Las Marcas— está el templo de la Fe en Loreto y el templo de la Poesía en Recanati.

Dice la leyenda que a fines del Siglo XIII, para evitar las injurias de los Sarracenos, los ángeles transportaron la casa de la Virgen María desde Nazareth hasta Raunizza, en las cercanías de Fiume; desde Raunizza volvieron a transportarla hasta un



LORENZO LOTTO (1480 - 1557). "Desposorio".

CARRETERAS DEL PICENO

bosque de laureles —un LAURETO, de donde el nombre de Loreto— próximo a Recanati, y desde allí a esta colina.

Aunque altas autoridades eclesiásticas —como, por ejemplo, Vergerio, el Abad Eron, el célebre Casaubono y el no menos célebre Padre Calmet— niegan tales vuelos prodigiosos porque la razón se opone a ellos, la fe, que comienza donde termina la razón, los admite como verdaderos. Tanto que el antiguo Estado Pontificio, en cuyo poder quedó la casa de la Virgen María, la revistió con mármoles de Carrara magistralmente esculpidos por los Lombardi y por Antonio Sansovino; y la cubrió con un templo flanqueado por un palacio apostólico que constituyen un conjunto en el cual se unen maravillosamente la Arquitectura, la Escultura y la Pintura. Porque durante cuatrocientos años, desde el Siglo XV hasta el Siglo XIX, en la dirección, construcción y decoración del templo y del palacio apostólico intervinieron, entre otros, Luca Signorelli y Benedetto da Maiano; Giuliano Sangallo y Bramante; Vanvitelli y Della Porta; Raffaello da Montelupo y Maccari; Pomarancio, Lorenzo Lotto y Melozzo da Forlì.

Y dice la Historia que hace unos ciento cuarenta años, mientras los cantos litúrgicos y la música solemne y majestuosa del órgano resonaban debajo de la gran cúpula del Bramante y de Sangallo, detrás de la muchedumbre que llenaba este grandioso monumento que el Arte levantó a la Fe, guiado de la muchedumbre y de la fe, en un momento en la negra capa cuyo cuello levantado cubría gran parte del rostro, estaba como Leopardi. El sacerdote levantaba la hostia consagrada, todos se arrodillaban, él quedaba de pie, solo. Porque nunca estaba tan solo como cuando estaba entre la muchedumbre.

"Mi vida —escribió— primero por necesidad de circunstancias y contra mi voluntad, después por inclinación nacida de una oscuridad transformada en naturaleza, ha sido, y es, y será siempre solitaria."

Por eso todo en Leopardi es un canto a la soledad; a la solitaria luna, a la soli-

taria colina, al pájaro solitario. Nadie como él sintió la belleza del amor hacia los hombres; pero los hombres no lo comprendían y él amó a la Naturaleza: al pequeño pájaro "que en la cumbre de la torre antigua expande la armonía de su grácil pecho" y a los "sobrehumanos silencios del infinito en cuya inmensidad se hunde el pensamiento".

El pensamiento se hundía en la inmensidad desde su refugio en el Monte Tabor que ahora, en honor del poeta, se llama "Colina del Infinito". Allí escribía sus Odas y sus Idilios. En un espelón del Monte Tabor ahora hay un convento en cuyo muro fue grabado en una lápida el primer verso de su Oda al Infinito: *Sempre caro mi fu quest'ermo colle* —siempre querida me fue esta solitaria colina. "Querida —dice— porque se abre ante ella el interminado espacio y, en el silencio de las cosas y en la amiga quietud, mi alma parece hallar el descanso".

A lo lejos, alta sobre los edificios de Recanati, la ciudad natal de Leopardi, se divisa la torre de la iglesia de Sant'Agostino; en su cúspide "hasta que muere el día" canta el pájaro solitario y la armonía de su canto va errando por este valle —"Ed erra l'armonia per questa valle".

El palacio de los Condes Leopardi en Recanati, palacio espléndido en que el fasto antiguo se une a las comodidades modernas, es el actual Centro de Estudios Leopardianos, o sea el templo dedicado a la Poesía cuyo sagrario es la famosa biblioteca donde se forjó la mente del Poeta.

Pero el verdadero templo de la Poesía es este valle encantado, iluminado por la plácida claridad de la luna o por la luz dorada del ocaso, debajo de la inmensa cúpula del cielo que cubre esta solemne quietud. Solemne y profunda quietud interrumpida sólo por el canto lejano y solitario del pájaro, cuya armonía "erra per questa valle" y parece expandirse en la vastedad del infinito.

Ing. Enrique CHIANCONE
(Especial para EL DIA)



VALLE DEL TRONTO, visto desde la Rocca di Arquata, en la región del Piceno.



La fachada de la casa de Tomás Toribio, en la calle Piedras, tal como se conserva actualmente.

EN el corazón de la Ciudad Vieja, existe una manzana que delimitaban antiguamente las calles de San Miguel, San Juan, San Luis y San Joaquín; traducidas al "presente": Piedras, Ituzaingó, Cerrito y Treinta y Tres actuales. En esa manzana, sobre una angosta lonja de terreno, incide plenamente el prestigio del ayer, por vincularse a él la evocación de nombres y de circunstancias que pertenecen al acervo histórico, convirtiéndolo en un lugar único acaso en reunir tanto recuerdo ilustre.

Cuando en 1805, el Teniente José Artigas decidió contraer enlace con su prima doña Rosalía Villagrán, fueron muchas y largas las gestiones que debió efectuar. El parentesco en segundo grado era el primer obstáculo, y para obviarlo se necesitaba la

dispensa eclesiástica, además de la consagrada autorización de los padres de ambos contrayentes, el informe de los testigos y la autorización del Virrey.

Expone Artigas que su propósito es "Sacar de la especie de Orfandad y pobreza en que se halla la expresada su Prima"; y además, "de que teniendo ya, casi al cumplir, treinta años de edad como lo manifiesta la fe de su Bautismo que se agrega, es ya muy difícil halle marido que le sostenga en los términos de que el Suplicante es capaz por su bien estar". Por su parte, uno de los testigos, don Bartolomé Domingo Bianqui, declara que doña Rosalía difícilmente hallará mejor oportunidad de casarse, "sin embargo de buena educación y buenos Padres, por allarse en pobreza, y



Tan hondas raíces echó Toribio en Montevideo, que su hijo Antonio, aunque nacido en España, fue patriota de las Guerras de la Independencia y alcanzó el grado de Coronel del Ejército. En la foto, el Coronel Toribio con su segunda esposa, Juana Loaces, en 1860.

UN SOLAR DE ABOLONGO: LA CASA DE TORIBIO

énuna edad, mayor, con cuyo enlace se asegura la subsistencia no solo de ella sino también de su mui ansiana Madre, y de su otra mayor hermana respecto al conocido merito del susodho Dn. Josef Artigas contrahido en el servicio del Rey, buena indole y amor asu familia". Ortografía a un lado, el juicio del informante es claro y subraya el valor moral y la nobleza de miras que animan a Artigas. Más enaltecedores aún, de ser cierto que ya por ese

entonces, doña Rosalía daba muestras de tener alteradas sus facultades mentales, cosa que su primo no ignoraba.

Hija de Juan Antonio Artigas y de su primera esposa, doña Rosalía Carrasco, primeros pobladores de Montevideo, doña Francisca Artigas, viuda de Villagrán, recibió de parte de su yerno el afectuoso respeto y los cuidados que cabía esperar de un hombre de esas condiciones, que un día se dolerá, en su vejez, que le dirige desde Paso de Polanco, el



Otro aspecto de la bóveda de ladrillos que puede verse en los bajos de la histórica finca.



Planta baja de la casa, expedita para que los vecinos se surtieran de la fuente de agua cuyas huellas son visibles aún. Obsérvense los recios troncos de palmera que se utilizaron como vigas.

16 de agosto de 1810, de injustas censuras de algunos parientes, por haber dejado en Montevideo a su mujer, impedida por su enfermedad de acompañarlo. El acento es vehemente y apenado, generoso y caballeresco: "yo he sabido que entre la familia dicen que yo he hecho muy poca estimación de mi mujer porque dicen que la he dejado tirada y que yo salí por mi gusto, y porque me ubiesen mandado, yo con mis ansias destearía que esos que lo dicen me aliviasen de algunos trabajos que yo Paso que si enmi estuviere no los pasaría ni estuviera mi casa como en el día se halla ni mi mujer á quien tanto he estimado y estimo con avm.les consta que no tiene motivos para semejantes quejas", etc. Y dice más adelante: "que vm.vea que ella tiene alguna necesidad, en ese caso no solo los trastos sino la casa y todo quanto vm co-

nosca sea mio puede vm. disponer con satisfacción porque jamas le voquiaria a vm. una palabra porque para eso lo e trabajado para que ella lo disfrute como dueña con todo quanto se conosca sea mio".

Interesante retrato moral se desprende de esos párrafos, que documentan el absoluto y abnegado desinterés con que actuaba el prócer.

Hacia la fecha en que se casó, ya había dejado de pertenecer a la familia Artigas la última fracción de la *quadra* asignada a los padres de doña Francisca como pobladores en el momento de la Fundación. Causa fue de litigio, rápidamente resuelto por el demandado, don Tomás Toribio, el arquitecto que dio a nuestra ciudad un impulso edilicio original y renovador.

Oriundo de Porcuna, en España, llegó a Montevideo en 1799, con el lustre de un

título recibido en la Real Academia de San Fernando, que era por sí sola garantía de aprendizaje notable. Y en 1802, llevando aquí tres años de residencia, solicitaba Toribio, del Gobernador, la cesión de un solar para levantar su casa y ahorrar así el gasto de dieciocho pesos de alquiler mensuales. Los méritos del solicitante pesan para que, aunque en su caso "no milita la circunstancia de poblador o enlace con los oriundos de esta plaza", lo mismo se deba "hacerle gracia", exponiendo los Cabildantes razones bastante interesadas, pues no pierden de vista que a Toribio habrá de recurrirse con frecuencia, pidiéndole imprescindibles servicios "a que de modo alguno está obligado por ser inconexos con los de su obligación, sin reportar ningún emolumento, ni derecho alguno". Está claro que fue más por provecho general, que por beneficiarle, que le fue acordado el terreno que pedía. Y aun así, la dádiva no era muy envidiable, pues la parcela concedida, de "cuatro varas de frente al Norte sobre la calle de San Miguel y cincuenta de fondo", además de sus proporciones poco favorables para edificar una residencia concebida según los cánones de entonces, presentaba otra dificultad, que era más que dificultad, obligación que Toribio debía respetar: "la entrada y salida de las gentes a la fuente del agua que está contigua a los fondos, interín no se encañe y se saque a la playa para la utilidad y servicio del público". Como vemos, no era un gran regalo, el predio que se dio al Arq. Tomás Toribio.

Y fue lo notable del caso, el partido que supo sacar de tanto inconveniente. Pero aun debió resolver el litigio iniciado por doña Francisca Artigas, viuda de V. Lagrán, que en cuanto hubo aquél tomado posesión del terreno, expuso su derecho al mismo por estar comprendido en la *quadra* otorgada por Millán a sus padres en el repartimiento de 1726, solar, por lo tanto, "que le venía de abolengo". Llegóse a una transacción, desistiendo doña Francisca del pleito a cambio de doscientos pesos fuertes que le dio Toribio.

Y, por fin, en los comienzos de 1804, está construida la casa, sujeta a tanta condición adversa. La desarrolló Toribio a lo largo de la primera planta, puesto que la planta baja estaba sujeta a servidumbre de paso. Recios troncos de palmera sostienen toda-

vía gallardamente las habitaciones del frente. En los bajos existe una bóveda de ladrillos, cuyo origen quizás sea anterior a la casa misma: "En cuanto a esta bóveda no sabemos si la construyó Toribio o si ya estaba, de época anterior, como protección a la fuente ya existente". (Arq. Carlos Pérez Montero: "El Cabildo de Montevideo"). Las huellas de la vieja fuente son visibles, y el manantial sigue fluyendo por más que se haya querido cegarla. También existía comunicación con la Aduana Vieja, por medio de una puerta que se conserva.

Supo el meritorio español adaptar a las proporciones incómodas del terreno, las necesidades esenciales de su morada. Y más tarde, aprovechó el fondo para edificar allí un edificio que viene a constituir el primero de apartamentos que se hizo en el Uruguay. Al morir Toribio, que nunca reunió fortuna, únicamente con esas rentas contó su viuda: "Que sólo me mantengo con los alquileres de mis quartos..."

La casa de la calle Piedras existe, con sus ciento cincuenta y ocho años, como uno de los contados testigos de su época. Su balcón tiene una verja de hierro y dos ménsulas de notorio parentesco con las del Cabildo. La fachada, con ligeras modificaciones, es la misma. Y, sin duda, la expropiación municipal rescataría ese noble vestigio de una hora pasada, y allí, restaurada la casa debidamente, la Sociedad de Arquitectos del Uruguay hallaría sede propicia para un museo de la arquitectura nacional, al que contribuirían con sus aportes valiosos, muchos de ellos, donando sus archivos y bibliotecas especializadas. Y de este modo, la casa del primer arquitecto civil del país, sería la Casa del Arquitecto para todo tiempo.

¡Y cuánta evocación sugestiva tendría ahí sitio adecuado! El hogar de Toribio, la primera casa de apartamentos, la primera fuente de agua, sobre el solar de los Artigas, contribuirían a que se anduviera por ella de la mano con nuestra Historia.

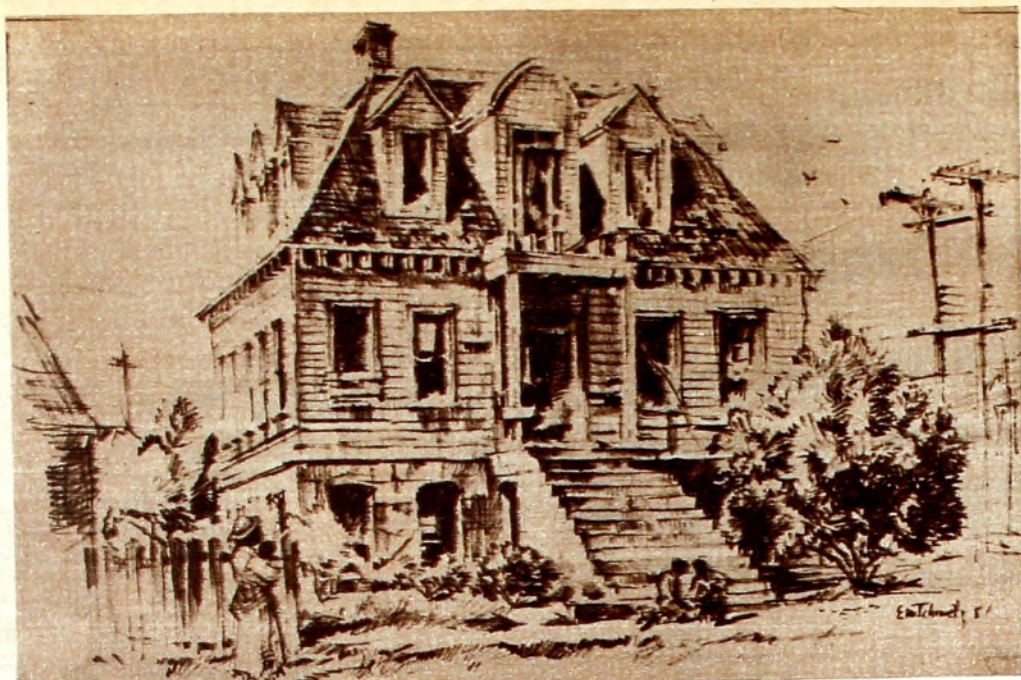
Dora Isella RUSSELL

(Especial para EL DÍA)

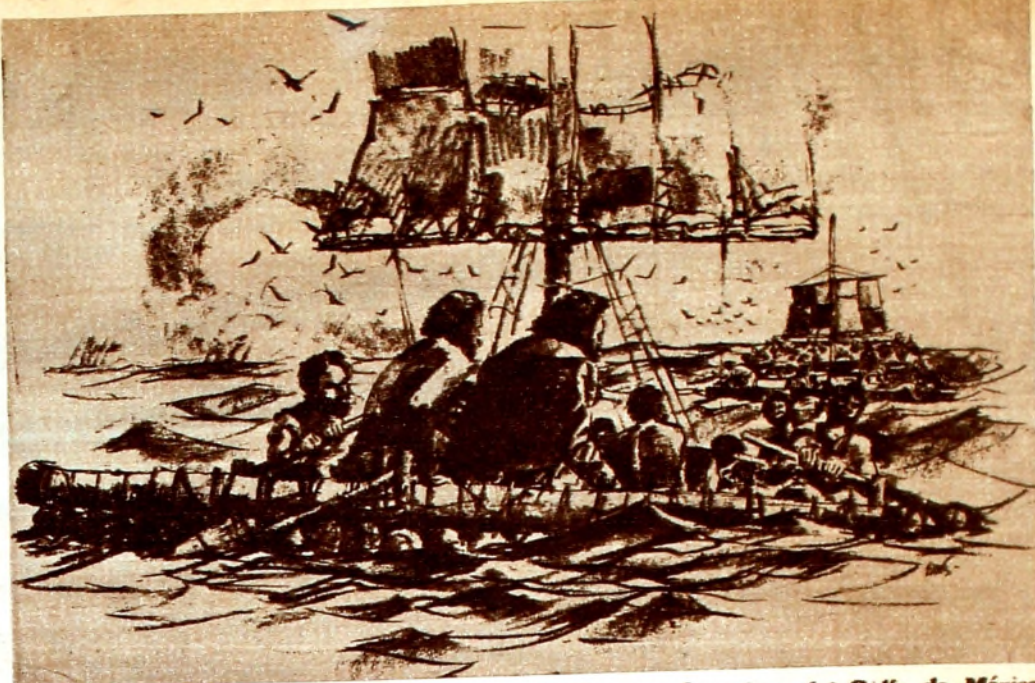
(Fotos del Archivo del Arq. Pérez Montero)



Planta baja de la casa: así se conserva la bóveda enladrillada que protegía la fuente pública.



Casa de Lafitte en Galveston.



Cabeza de Vaca en las aguas del Golfo de México.

HOMENAJE AL ESTADO DE LA ESTRELLA SOLITARIA

RENDIR este tributo representa una tarea particularísima, como que es difícil encontrar una persona que no sepa de la fama de Texas, de la vastedad de su territorio, de su riqueza petrolera y del orgullo grandilocuente de su naturaleza.

El homenaje a Texas no ha de referirse sin embargo, a su extensión, a sus yacimientos fabulosos ni a aquel clásico orgullo que es más reconocido y festejado por los tejanos mismos, que por cualquier otro habitante de los Estados Unidos.

Es mi intención, en cambio, aludir a otros aspectos menos conocidos del Estado de la Estrella Solitaria.

El primero de ellos es el relativo a su Historia. No a la historia de su vida bajo seis banderas distintas, ni a su lucha por la independencia, tan nutrida de episodios novelescos. Es la otra historia, la que transcurrió cuando Texas no era más que un fragmento desconocido del recién descubierto continente americano, lo que me sedujo de inmediato, sin duda al influjo de la nunca desmentida herencia paterna.

Es la historia de los primeros conquistadores que hollaron su suelo, la odisea de los primeros visionarios que hicieron posible, con su hazaña, la colonización de este territorio, que habría de brindarme su hospitalidad en el primer periodo de mi largo viaje por los Estados Unidos.

El segundo aspecto se refiere a otros hombres, a otros visionarios, los del siglo XX, que en el mismo lugar y con distintas armas, luchan hoy la batalla de la civilización por extender su dominio en otro continente sin límites: el de la enfermedad y la muerte.

Por eso, remediando el espíritu de Arciniegas sobre Florencia, yo podría iniciar mi homenaje con estas palabras: en Texas hay una Historia, en la Historia hay una Isla y en la Isla un Hospital.

La historia comienza en 1527 y tiene, a mi entender, un valor y un significado especial para nosotros, los rioplatenses.

En junio de ese año zarpó de Sanlúcar de Barrameda una flota de cinco buques, al mando del capitán Pánfilo de Narváez. Fracasado su intento de desplazar a Hernán Cortés como Jefe de la expedición que habría de conquistar México, Narváez ha-

bía recibido del monarca español, la misión de explorar y colonizar el territorio comprendido entre el Río de las Palmas, hoy Río Grande, y la Florida. Se le había asignado para ese fin una fuerza de seiscientos soldados y colonos.

Sólo cuatro sobrevivieron a esta empresa. Aislados de la civilización, perdidos en el inmenso continente que intentaban conquistar, nada se supo de ellos hasta ocho años después. Al cabo de ese tiempo, habían escrito una de las más tremendas páginas de valor humano que ofrece la epopeya de América: el primer viaje desde la Florida a la costa occidental de México, hecho por un hombre blanco.

Uno de los cuatro sobrevivientes registró para la historia todos los pormenores de la hazaña, en un documento tan sorprendente por su respeto a la verdad, como por su dramático relato. Con el nombre de "Relaciones" fue publicado en Zamora en 1542.

Es el autor de esta obra valiosísima, quien le confiere al primer capítulo de la historia de Texas un sabor especial para nosotros. Cuatro años después de su sorprendente odisea en los mismos lugares que acaba de recorrer, habría de ser designado Adelantado del Rey de España en el Río de la Plata.

Se llamaba Alvar Núñez Cabeza de Vaca. Cuando la expedición de Narváez zarpó de España, Cabeza de Vaca era el Tesorero y Alguacil de la misma.

Numerosos incidentes adversos, hicieron que la flota española no alcanzara su objetivo inicial sino diez meses después de su partida. El 15 de abril de 1528 Narváez tomó oficialmente posesión del nuevo territorio, en nombre del Rey de España. Se hallaba entonces en una península, entre la actual Bahía de Tampa y el Golfo de México.

Para su desgracia, el comandante español vio tentada su codicia por varias piezas de oro que lucían los indios lugareños. Enterado que procedían de un lugar que los pieles rojas llamaban Apalaches, resolvió enviar los buques hacia el Río de las

Palmas y marchar por tierra con trescientos hombres hacia el supuesto tesoro.

No tenía, evidentemente, noción de la empresa que intentaba. Dos meses después, con sus huestes diezmadas, hambrientas y enfermas, llegó a su destino, tan solo para descubrir que el Dorado Imperio que soñara, era un miserable poblado indígena.

Resuelto a reunirse con el resto de su expedición, Narváez acometió entonces una tarea aún más asombrosa. Logró construir, con los escasísimos elementos de que disponían, cinco grandes balsas y hacinando en ellas a los doscientos cuarenta y dos hombres que restaban de la expedición, se hizo nuevamente a la mar el 20 de setiembre de 1528.

Cuarenta y cinco días después, el fabuloso temple que forjara la Conquista, todavía mantenía a estos hombres a flote en las aguas del Golfo de México. Ese día Cabeza de Vaca vio la balsa de Narváez por última vez. La situación es descrita en las "Relaciones" con estas palabras: "A raíz del invierno y sus inclemencias, los muchos días que llevábamos sufriendo hambre y el terrible balar de las olas..., todos los que estaban en mi barca caían uno sobre otro, tan cercanos a la muerte que sólo unos pocos se mantenían conscientes".

De modo milagroso, sin embargo, Cabeza de Vaca logró mantenerse en el timón.

Al amanecer de ese día oyó el ruido del mar al romper en la costa, y poco después, una ola gigantesca lanzó su balsa hacia la playa, donde los hombres se reanimaron lo suficiente para hacer fuego y beber agua de lluvia.

Era el 6 de noviembre de 1528.

El puñado de españoles, únicos sobrevivientes de la desesperada empresa, había sido arrojado a tierra en una gran isla de la actual costa de Texas.

Cabeza de Vaca la llama en sus "Relaciones", Isla del Mal Hado.

Es hoy la Isla de Galveston.

PRIMER CIRUJANO DE AMERICA

Cabeza de Vaca vivió allí, prisionero de los antropófagos indios Carancahuas, durante cuatro años. La mayor parte de sus hombres perecieron en epidemias que diezmaron la tribu.

Al cabo de ese tiempo, durante el cual ofreció muchas veces como médico de los indios, Cabeza de Vaca logró escapar con la intención de llegar a México. En medio de este viaje encontró a tres sobrevivientes de su propia expedición. Los cuatro hombres se las ingeniaran para orientar sus pasos hacia el Río Grande, viviendo por largos periodos en poblados indígenas.

En una de esas aldeas, cuyo nombre no registra infortunadamente el relato, Cabeza de Vaca protagoniza un episodio de especial trascendencia para Texas. Parece como si hubiera querido escribir con él una profecía del destino científico del gran Estado americano.

Allí realizó, en efecto, la primera intervención quirúrgica que registra oficialmente la historia del Nuevo Continente. Consistió ésta en la extracción de una punta de flecha, enclavada en el pecho de un indio a través de un cartilago costal. Cabeza de Vaca describe con detalle la operación y

la forma exitosa en que "sutoró con un hueso de ciervo y con trozos de crin".

Por fin, culminando su histórica proeza, los cuatro españoles alcanzaron la costa occidental de América. Habían partido de Galveston, sobre el Golfo de México. Estaban ahora en Culiacán, sobre el Océano Pacífico.

Era el 18 de mayo de 1536.

Su viaje a través del continente había durado ocho años...

Cabeza de Vaca, sin embargo, no había saciado su sed de aventuras. Apenas vuelto a España solicitó a su Rey el derecho de conquistar los territorios que había recorrido. Pero tal misión le había sido ya encomendada a Hernando de Soto.

Por esa razón, el hombre que diera a Galveston su espadalazo de fama, fue designado Adelantado en el Río de la Plata en 1540.

GALVESTON Y JEAN LAFITTE

Nuestra isla, pues, se asoma a la historia, bajo el halo de grandeza de un personaje alucinante. No ha de ser ésta, sin embargo, la única oportunidad en que Galveston cobijará hombres elegidos por el destino.

Tres siglos más tarde, en efecto, su magnífica bahía conocerá un fugaz esplendor al convertirse en el cuartel general de Jean Lafitte, el legendario pirata.

Legendario... y contradictorio.

Galveston conservó hasta hace pocos años, la casa en que viviera el corsario desde 1817 a 1819, cuando sus barcos asolaban el tráfico marítimo del Golfo de México y el Caribe, respetando tan solo los bajeles de los Estados Unidos.

Nueva Orleans lo alojó en otra época, más romántica, y atesora de él otros recuerdos.

En el número 941 de la mundialmente famosa Rue Bourbon, la pequeña casa que fuera su herrería, hace aún las delicias de los visitantes. Y en el sótano de la mansión de Madame Jones, sentado a una tosca mesa de troncos de pino, yo sentí el hálito de los fantasmas que me enseñara a evocar mi padre. Y aquí dejo para terminar dentro de ocho días.

Hacia 1815, dispuesta ya a culminar su titánico esfuerzo por apoderarse del Valle del Mississippi, la corona de Inglaterra había ofrecido al pirata, a cambio de su apoyo, una recompensa que hubiera cambiado su destino histórico: el perdón de todos sus crímenes y el rango de Capitán de la Marina Real Británica.

¿Cómo no sentir su presencia viva, frente a la mesa sobre la que Lafitte, en un gesto apasionante, desechara para siempre las ofertas inglesas al formalizar ante el General Andrew Jackson el ofrecimiento de todos sus hombres y sus barcos para combatir junto a las fuerzas americanas?

No ha de redimirlo este gesto ante el juicio definitivo de la historia.

Pero al imaginarlo partiendo de Galveston, aquel día de abril de 1819, apagados ya sus fuegos guerreros, rumbo a Yucatán y la leyenda, no podemos menos de recordar que el 8 de enero de 1815, en la batalla decisiva de Nueva Orleans, sus piratas lucharon y murieron, hombre contra hombre, con los rifleros de Kentucky y los milicianos de Luisiana.

Eugenio BONAVITA PAEZ

Nueva York, 26 de marzo de 1962

(Especial para EL DIA)



Asistiendo a los indios.

CAFAÑA

OS tiempos cambiaron a Cafaña como habían cambiado al río. A éste, primero habían hecho la obra de Rincón del Bo. y como si fuera poco, buscaban do-
—El río viejo se va a enojar cualquier día —sentenciaba Cafaña—.

Tiene que haber sido con mucho dolor que Cafaña vio eso. Y con más dolor aún que aceptó un cargo del Estado, para servirle baqueano en el río.

Lo qué habrá sufrido el viejo carpintero al dejar su chalana de dos tablas, liviana y coqueta, que cuando andaba en el río con Cafaña, levantaba la cabeza y la bola, y se deslizaba con un leve contacto de su barriga, como si en vez de chalana fuese un pato...!

Y entrar a ser baqueano de otros, y triangular un bote del Estado, de esos botes panzudos y chatos, que clavan la punta en el agua y se van medio metro para abajo!

Y andar en un bote con cuatro o cinco remos, más, todos chambones, que se mueven para todos lados y no dejan remar!

Y calzar botas de goma, y ropa abrigada, y capote para la lluvia!

—¡Pobre Cafaña!

Todo había cambiado. El río, como hemos dicho, y también el pueblo y sus amigos. Cafaña había mirado a su lado, y al no ver a ninguno de sus queridos amigos del río, se había decidido a dejar su chalana de dos tablas, y entregarse él también a esos hombreros rubios, que habiaban como a un perro, a los gringos!

—¡Pobre Cafaña!

Julio Viñas se había hecho empleado del Estado; el Nato Patrón ya tenía tres hijos; Wilfredo Larraud había dejado el río; el loco Peo! — se había vuelto artesano y hombre serio; el Boyero Viñas ya era foguista en el ferrocarril; el Coco Pérez había dejado las dos cosas que más quería: el río y el pueblo, y andaba quién sabe dónde, luchando con la vida, y llorando el recuerdo de lo que nunca volvería; la Chiva Lezcano también estaba domado, como el río; el Gallego Moreira en Montevideo, igual que el Moto, el Tarta y el Bizcocho Nuñez...

Pero el golpe fatal para Cafaña tiene que haber sido cuando Avelino —Avelino Langorta, el gran carpintero y pescador, el otro hijo del río, el único comparable a Cafaña— buscó compañera, encargó cachorros, y para ganarse la vida tendió sus espineles al pie de la odiada obra, y ya no volvió de allí...!

Estoy seguro que cuando se sintió solo buscó su chalana y se fue lejos, muy lejos, más allá de los Riachos, más allá de los Molles, más allá de Salsipuedes...

Y el último gran hijo del río también se entregó.

Cafaña era un hombre grande y tenía en andar —en tierra— lento y hasta torpe. Parecía de la figura atlética de los remeros. Olía en los brazos; pero piernas largas y firmes... y hasta un abdomen de oficinista.

Nunca estuvo enfermo, ni de resfrío, se enfermó él porque todos los días, invierno o verano, se zambullía de madrugada en las aguas del río.

Era bueno y noble como el pan. Tenía un gran corazón de niño.

Estaba toda la semana "para abajo" —nunca remaba río arriba para no toparse con la obra—; pero eso sí, los domingos salía al pueblo, porque jugaba Huracán. Si Cafaña quería algo como al río, era en aquel modesto gran cuadro de barrio.

Cafaña era un gran jugador de fútbol, conocido y admirado por todo Paso de los Toros. En la cancha era un espectáculo increíble y pintoresco. Jugaba de alfileres y usaba unos pantalones grandes como bolsas. Parecía un carpintero viejo —como el mismo decía a las risas— al lado de los demás jugadores, bronceados y saltarines. Tenía un dribling largo y desabrido, sus movimientos eran lentos y sin gracia, no saltaba nunca ni cabeceaba una pelota... era un gran futbolista! Porque Cafaña, nada sabe cómo, se sacaba los rivales de encima con facilidad pasmosa, y entonces iba el pase largo hacia uno de sus com-

pañeros, que entraba entre una polvareda y gol de Huracán!

El "dedazo" de Cafaña también pasó a la historia. Cuando el cuadro estaba empastado y faltaba poco para terminar el partido, todos esperaban el "dedazo" de Cafaña. Y venía. Donde le dejarán dos metros de terreno, Cafaña shoteaba como con desgano, cual si no quisiera castigar la pelota; le pegaba con la punta del dedo grande del pie, y el tiro salía como un cañonazo, siempre al ángulo, inatajable y terrible... A veces rozaba el palo y rebotaba

como él. Ponía el cajón con los aparejos bajo el asiento de atrás, y yo me sentaba allí, con recomendaciones de que viajara sin moverme. Adelante, parado sobre la proa, con las orejas enhiestas y los ojos vigilantes, iba su perro.

A la ida, corriente abajo, Cafaña remaba sentado, mirando siempre hacia adelante. A la vuelta, río arriba, se paraba, adelantaba el pie derecho, y remaba rítmicamente, como si fuese una máquina; buscaba siempre la orilla, donde la corriente era menor, los remos como cuchillos eludían

pinchos y yo los fusilo acá abajo — decía.

Y así era. Una vez veníamos en fila india:

—¡Lobo! — gritaron los del bote delantero.

—¡Lobo! — repitieron los demás, al tiempo que se afirmaban en los remos para llegar al lugar donde el animal había zambullido.

Pero Cafaña dio vuelta y atracó la chalana en una pequeña isla río abajo. Aprontó la escopeta y aguardó. De repente, ¡pum!, y Cafaña sacó el lobo enganchado en el bichero.



en una casa que había enfrente. Las dueñas de esta casa eran unas señoras que cuando jugaba Cafaña, cerraban las puertas y ventanas a cal y canto...

Querían hacerle jugar de zapatos, y no podían; trataban de que dejara el destenido pantalón que usaba en el río, y nada. Una vez el Nato Patrón le dijo que tenía que jugar con suspensor y Cafaña contestó:

—No, gracias; yo juego de alpargatas...

Cafaña construía sus chalanas con sus propias manos. Ponía dos cajones como a tres metros uno de otro, colocaba las dos tablas para el piso, y encima de ellas una gran piedra para que se curvaran bien. Después clavaba las costillas y otras dos tablas a cada costado. Luego venía el calafateo, y la pintura, siempre roja y blanca —los colores de Huracán— y al final el nombre, a ambos lados de la proa: Paloma, Loba, Gitana...

Yo tuve la suerte, que no cambiaría por todo el oro del mundo, de compartir con Cafaña, muchas veces, su vida en el río. Tendría 10 años y mi padre me dejaba ir por varios días río abajo, porque habrá de saberse que Cafaña era un hombre de toda confianza, que vivía su propia y maravillosa vida, una vida honesta y limpia como pocas.

Nunca llevaba nada más que uno en su chalana, sin contar a su perro, tan famoso

los sarandíes y la chalana cortaba la corriente y subía el río, impulsada por aquel remador extraordinario.

Nunca lo vi remar sentado y mirando a la popa; decía que eso no era propio de carpinteros.

Río abajo nos uníamos a otros. En los Riachos estaban Avelino y el Boyero; en los Molles, Julio Viñas y la Chiva Lezcano; en la barra de Salsipuedes, Julio y Jacinto Méndez.

Allá abajo hacíamos campamento común. Dormíamos en cama redonda. Cafaña ponía las brasas del fogón bajo una delgada capa de arena; una cobija mora y otra por encima y no había mejor cama...

A la hora de comer era temible. Llenábamos una gran fuente —tararrra y huevos de avestruz— cada uno recibía su cuchara... y a comer. Cuando nosotros llevábamos cinco veces la cuchara a la boca, ya Cafaña había comido media fuente...

Sólo una vez trató de dormir con sábanas. Unos turistas llegados al campamento le hicieron ver la ventaja.

—Vamos a ver como es... — dijo Cafaña; pero en cuanto estiró las piernas rajó las sábanas de arriba a abajo, con su talón de piedra de esmeril...

Habría para no acabar con las cosas de Cafaña.

Al regreso se formaba una larga fila de chalanas. El siempre iba último:

—Estos giles espantan a los lobos y car-

—¿Cómo sabías que el lobo iba a sacar la cabeza aquí? — le pregunté.

—Aquellos "belinunes" hicieron mucho ruido —me dijo—; el lobo sabía que el único lugar tranquilo era aquí, pero no contaba con Cafaña viejo, que es más lobo que él...

Hace poco salieron otra vez las chalanas al río. Bajaron en fila india, pasaron los Riachos, y dejaron atrás los Molles, Salsipuedes y el Yí...

Buscaron días y días, noches y noches, sin desmayo, con desesperación. Y más allá del Yí, entre el monte, casi cubierto por la resaca, encontraron el cuerpo hinchado de Cafaña.

El bote panzudo y chato había volcado; y el viejo carpintero, que había cambiado y ahora usaba ropas de abrigo y botas de goma, no había sido perdonado por el gran río crecido y bravo...

Allí en el monte, rodeado por los pájaros, junto al río que fue su vida, sus amigos, que abandonaron sus empleos para buscar su cuerpo, que volvieron a ser carpinteros otra vez... allí enterraron para siempre a Cafaña.

Elbio PEREZ TELLECHEA

(Especial para EL DIA)



Concurso especial en pelo Copa Fraternidad, 1er. premio, Elida Martínez; 2os. premios, Oscar Buide, Mario González y Juan Gregorio Pérez.



Concurso Nal. en Bastos: 1er. premio, Emilio Cedrés; 2º, Omar Cleri Herrera; 3os. premios, Pablo Techera Cardozo y Almendro Enrique.



Concurso en Gurupa. 1er. premio, Regino Pacheco; 2os. premios, Julián Alonso y Héctor Sosa; 3os. premios, Juan Urchipia y Rodolfo Barrios.

Semana Criolla

CLASIFICACION FINAL

CON las competencias finales realizadas el domingo pasado en el Prado se dio término al certamen internacional de la Semana Criolla que ha obtenido este año, como en los anteriores, singular importancia y lucimiento por la calidad de los jinetes criollos que intervinieron, correspondiendo destacar a la gaucha Elida Martínez, que fue una de las protagonistas más relevantes. Todas las jornadas estuvieron animadas de igual vigor y animación, respondiendo al entusiasmo del público por las rudas prácticas camperas, espectáculo que se ha incorporado tradicionalmente a formar parte, entre los más atrayentes, de la Semana de Turismo.

Como es de práctica en nuestro Suplemento todos los años, publicamos las fotografías.

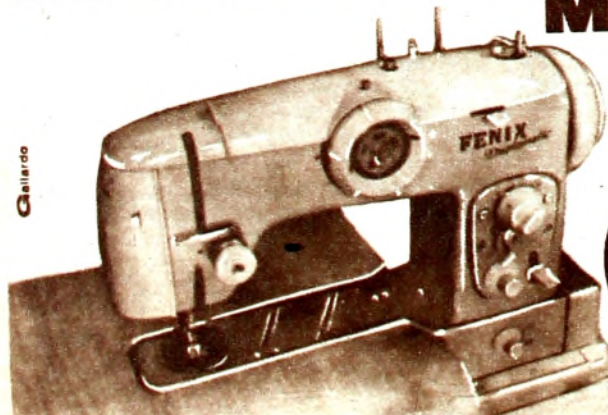


Concurso Internacional en Gurupa: 1er. premio, Julio Najurieta; 2º premio, Omar de la Villa; 3er. premio, Ricardo Casella.



Concurso Nal. en Pelo: 1er. premio, Emilio Cedrés; 2os. premios, Juan B. Pereira y Pablo Techera Cardozo; 3er. premio, Amalio Medina y 4º premio, Juan Pablo Díaz.

LO MEJOR Y MAS MODERNO



EN
MAQUINAS
DE
COSER

B

PARA
LA
FAMILIA
Y LA
INDUSTRIA

CREDITOS

C. BRANDES Y CIA. S. A.
RINCON 658 Tel. 8 00 28 y 9 59 83



Premios especiales. A los Sres. Martín Fierro, Ramoncito Freire y Santos Bravo, por distintos trabajos durante la semana.

EL JAPON Y HAYATO IKEDA

TOKIO. — AP. — Las figuras representadas en el antiguo biombo japonés son danzantes con pasos lentos casi imperceptibles.

Junto al biombo, en la misma sala de estar alfombrada con una estera, un moderno cuerpo de ballet dibuja sus rápidos desplazamientos en la pantalla de un aparato de televisión de fabricación japonesa.

Esta conjunción de lo antiguo con lo moderno, muchas veces bajo un mismo techo, es uno de los aspectos fascinantes y asombrosos de la vida en el Japón de la presente década.

Un acérrimo enemigo de los Estados Unidos ayer, Japón hoy no solamente un aliado sino un aliado, luego de haber transformado su ruinosísima situación económica de posguerra en la floreciente prosperidad de los días actuales.

Quien tiene a su cargo la responsabilidad de regir los destinos del Japón en estos momentos, el Primer Ministro Hayato Ikeda, simboliza el caso con mayor fidelidad que ningún otro de sus compatriotas la naturaleza bicultural de la existencia nipona.

A los 62 años, es un economista de firmes principios y a la vez un visionario que pese a estar todavía ligado a las tradiciones del pasado, dirige sus miras hacia el futuro con un plan para multiplicar el ingreso nacional en el término de una década.

La nación que conduce no es comprendida del todo en Occidente. La persistencia de una leyenda forjada hace un siglo por Puccini en su "Madame Butterfly" y las imágenes que Gilbert y Sullivan crearon para su "Mikado", han contribuido a que el mundo exterior se haya formado la visión de un país de gente amable y cortés, y en algunos aspectos en su cultura, cultura de su pasado feudal.

Esta impresión se ha visto robustecida en los últimos años por una serie de libros, películas y espectáculos de televisión destinados a destacar los magníficos paisajes del Japón, sus templos antiguos y las delicadas artes del arreglo floral y del ceremonial de la hora del té.

Lo cierto es que tales detalles no constituyen sino el aspecto ornamental de una nación plenamente dedicada al trabajo y tan moderna como cualquier otra del mundo en lo que hace a sus sueños, a los elementos de que dispone y a sus conocimientos técnicos.

El sonido que se escucha en el Japón del Primer Ministro Ikeda es el del martillo eléctrico, la máquina de hilar y la motoniveladora, más bien que el tenue rumor de la Naturaleza o de la ceremoniosa vida hogareña que sugieren los libros y las películas. Ello no significa que los recuerdos culturales de un pasado pintoresco hayan desaparecido de la mentalidad del japonés moderno. El teatro regido por el ancestral estilo Kabuki, atrae diariamente a millares de espectadores; los dramas de acción increíblemente lenta denominados "Noh" tienen todavía muchos adeptos, y las clases de "Ikebana" (arreglo floral) y de ceremonial del té cuentan literalmente con millones de alumnos.

Muchas de estas personas concurren también a las salas de conciertos para escuchar a las grandes orquestas sinfónicas de Occidente y asistir a las funciones de las compañías de ópera y ballet extranjeras que han invadido el país en número sin precedente desde el fin de la segunda guerra mundial.

También acuden a las galerías donde el arte de Occidente, tanto abstracto como representativo, goza de una inusitada popularidad.

Empero, al igual que en la mayoría de los países, el arte y la cultura, ya sea antigua

o moderna, están reservadas para una minoría selecta. Las masas buscan en el nuevo elemento de comunicaciones, la televisión, el entretenimiento para sus horas de ocio.

El paisaje del Japón, que ocupa el tercer lugar del mundo en cuanto al número de aparatos de televisión en funcionamiento, ha sido transformado en los últimos años por una selva de antenas que exhibe sus geométricas copas sobre las tejas de las casas rurales, los edificios de oficinas en las ciudades y hasta sobre los tejados de algunos templos históricos. A mediados de 1961 funcionaban en el país siete millones y medio de aparatos.

El fabuloso auge de la TV es solamente uno de los aspectos de una economía en ascenso cuyo ritmo de crecimiento ha asombrado al mundo.

Ikeda, un economista de sólido prestigio que ha desempeñado distintos cargos ministeriales relacionados con las finanzas en varios Gabinetes, forma parte de un grupo de japoneses cuya visión contribuyó a posibilitar la presente recuperación.

Desde su juventud se ha resistido a aceptar la derrota sin presentar resistencia. Para ello se vale de su espíritu de lucha y de la confianza en sus propias fuerzas que probablemente proviene de la voluntad que le permitió sobreponerse a una enfermedad dérmica generalmente fatal que lo atacó en 1932.

El Primer Ministro refiere su experiencia en un revelador artículo autobiográfico publicado en el anuario "Este es Japón" de 1962:

"Nadie puede sufrir un desaliento más profundo que el inválido postrado por una enfermedad para la que no se conoce cura ni tratamiento adecuado. Jamás había sentido tanto dolor ni apreciado tanto el valor de la vida como en aquellos mo-

mentos".

Repentinamente, al cabo de cinco años de tortura mental y física, la enfermedad desapareció con la misma rapidez con que se había presentado.

"Había tomado un baño después de completar con mi madre una peregrinación a los 88 lugares sagrados de Shikoku, y súbitamente comencé a sentirme aliviado", dice Ikeda en su nota. "Algunos opinan que fue la fe de mi madre lo que me salvó. A mi juicio, por lo menos, la enfermedad fue acaso la que me inspiró, al enfrentarme como lo hizo con la fragilidad del ser humano, los primeros hábitos del espíritu religioso.

Su primera esposa, agotada por la prolongada lucha contra la enfermedad, falleció poco después de haberse iniciado su recuperación, y el enfermo se casó entonces con la mujer que había reemplazado a aquella para cuidarlo y era hija de un pariente lejano.

Durante sus años de estudiante en la Universidad de Kyoto obtuvo una discutible notoriedad por su apego a la bebida y su afición por la compañía de las hermosas "geishas" de la antigua capital nipona. La enfermedad lo transformó en un hombre serio y reposado, aunque no fue suficiente para hacerle olvidar su franqueza, muchas veces zahiriente.

En cierta oportunidad declaró que si los pobres no tenían para comprar arroz "que coman cebada", y en otra ocasión afirmó que "para que Japón prospere, algunas empresas pequeñas tendrán que sucumbir".

Según aseveran sus allegados, hace algunos años se recluyó durante varios meses con uno de sus viejos amigos, un monje budista, para adquirir la firmeza de temperamento y la calma espiritual que lo han caracterizado a lo largo de los primeros 18 meses de su gestión al



El primer ministro japonés posa vestido con un traje tradicional en su residencia, en diciembre del año pasado.

frente del gobierno. En este aspecto, difiere notablemente con su predecesor, Nobusuke Kishi, quien no abandonó en ningún momento su carácter empecinado mientras ejerció el cargo de Primer Ministro. A pesar de sus relevantes méritos intelectuales, la aparente intransigencia de Kishi provocó una crisis tras otra hasta culminar con las violentas demostraciones organizadas como protesta por el nuevo tratado de defensa firmado con Estados Unidos en 1960.

Ikeda dio muestras del cambio de su personalidad al asumir inmediatamente una actitud conciliatoria para con la oposición socialista. El gesto fue calificado duramente por los conservadores, pero en definitiva brindó los resultados buscados al restablecer la paz en las tumultuosas calles de Tokio, Osaka y Kyoto, y devolver a la nación la oportunidad de concentrar sus esfuerzos en la consecución de sus ambiciosos objetivos económicos.

El actual Primer Ministro se decidió a intervenir en política únicamente después de un minucioso examen de conciencia cuando había alcanzado ya la más alta posición a la que podía aspirar en el gobierno como director de la Oficina de Impuestos Internos del Ministerio de Hacienda, en 1946.

Cuando trajo a colación el tema de la política en su hogar, su madre se opuso enérgicamente.

"Si te conviertes en un político", le previno su progenitora, "la familia Ikeda será arrojada a la calle".

Dos años después del fallecimiento de la anciana, Ikeda presentó su candidatura y fue elegido para integrar la Cámara de Diputados.

"Ahora que soy Primer Ministro", dice el jefe del gobierno en el artículo publicado por "Este es Japón", "estoy obsesionado por el deseo de hacerlo saber a mi madre; a mi madre que predijo que mi postulación en las elecciones significaría la caída de la casa de los Ikeda. Algo me dice que ella, que una vez se opuso tan categóricamente, estaría ahora más encantada que ninguna otra persona".

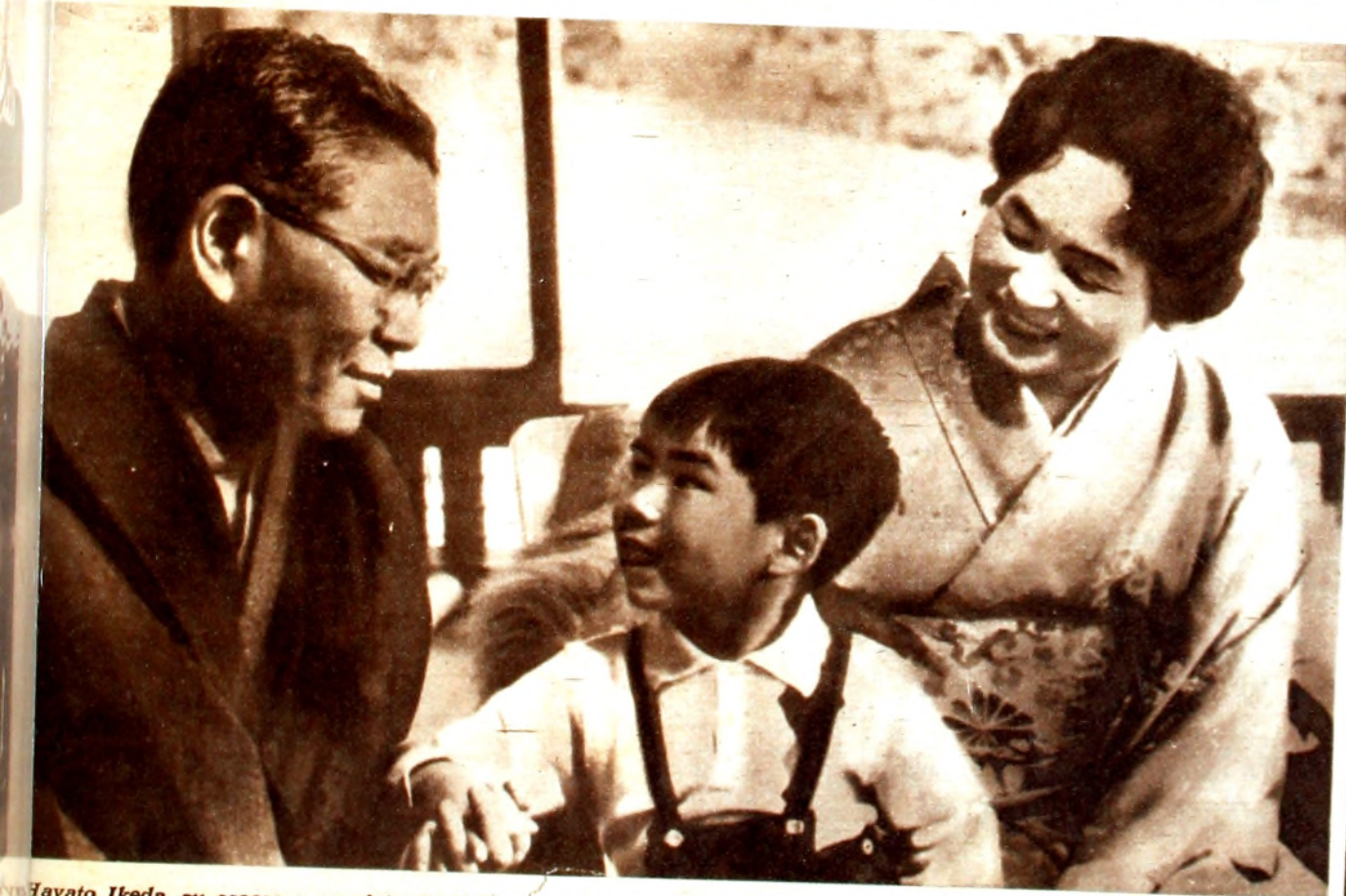
Al igual que muchos otros japoneses, Ikeda es al mismo tiempo un místico y un realista.

"Soy por naturaleza un racionalista", afirma. "Aun en estos días estoy convencido de que lo real está en lo racional. Sin embargo, no puedo apartar de mí la idea de que hay algo, más allá de lo racional. La gente habla vagamente de los dones de los dioses y budas, y yo no puedo hallar mejores palabras para expresar mis sentimientos".

Como muchos de sus compatriotas, tiene un profundo amor por la Naturaleza, un sentimiento que ha impulsado a millones de japoneses a instalar jardines en los diminutos espacios de tierra que permiten disponer para esas fin las grandes ciudades.

"Soy un oriental que aprendió hace mucho tiempo, merced a su experiencia personal, las limitaciones del ser humano", dice el Primer Ministro al hacer un examen retrospectivo de su vida. "Sin embargo, en mis momentos de contacto con ese algo que yace más allá de la hierba y de los árboles, de las rocas y las montañas, experimento una extraña y liberadora sensación de lo infinito".

John RODERICK
Exclusivo para EL DIA.



Hayato Ikeda, su esposa y su nieto, Yuki Kondo, ataviados con trajes tradicionales en su residencia privada de Tokio.

Autos "Jockey Club" Caussi
de
NOVIOS

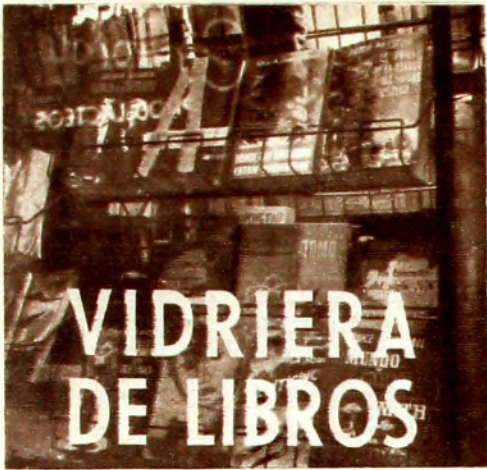
Arenal Grande entre RIVERA y LAVALLEJA

Tels.: 40 11 36 - 40 11 37

América Profunda



Figuras danzantes, según decoración de cerámica Chimú.



Ha sido puesto nuevamente preso el publicista yugoeslavo Milovan Djilas. Casi todos los lectores conocen su nombre. Es el autor de "La nueva clase", libro que le provocó una condena de prisión en su patria —de la que era hasta entonces nada menos que Vicepresidente— y tanta fama en el exterior que se convirtió prontamente en un "bestseller" internacional (la Editorial Sudamericana, de Buenos Aires, hizo una edición en español del tipo mediano y luego otra en su popular colección de bolsillo Piragua).

Hasta entonces Djilas era un teórico del marxismo, un sincero idealista que conceptuaba que en esa corriente política estaba la solución de los problemas de la humanidad en general y de Yugoslavia en particular. Pero una vez llegada la oportunidad de ver aplicados aquellos principios a la realidad, comprobó que sus ideales desembocaban en el entronizamiento de

una burocracia del partido, adúlona, ciega, incompetente, mezquina, "la nueva clase" que retrata en su libro. Quizás se equivocó al estimar conveniente la autocrítica, olvidando que en los regímenes despóticos sólo pueden permitirse ese lujo los "Nº 1", y él era "solamente" el Nº 2...

Pero Tito, movido quizás por el recuerdo de viejas luchas en que ambos habían sido compañeros, o también procurando mantener el provechoso equilibrio que le gusta jugar entre Oriente y Occidente, le permitió salir de la prisión antes del cumplimiento total de la sentencia. Y Djilas, espíritu ingenuo si los hay, siguió escribiendo sobre la formidable experiencia de sus días y así surgieron dos libros más: "Conversaciones con Stalin" y "Tierra sin justicia" (publicado también en castellano, y hace muy poco, por la Editorial Sudamericana). Y así es como ha vuelto a dar con sus huesos en la cárcel, porque al Mariscal Tito, todavía Nº 1 de su patria, le ha caído pesada la insistencia de su antiguo camarada en esa machacante comparación entre la ideología y la realidad.

No es nuevo —aunque siempre indigna— que un régimen tiránico trate de enmudecer la crítica de un espíritu libre. Pero, ¿no es admirable encontrar de tanto en tanto, en territorios enmudecidos por la opresión y el terror, estos excepcionales Davides que no temen lanzar su hondazo al Goliath por fiero y enorme que parezca? Además, y en cuanto dice a nuestra específica materia, este episodio revela una vez más la gravitación del libro en el destino humano: son los propios enemigos de la libertad los que lo reconocen al ver en su endeble estructura de papel un ominoso proyectil capaz de partir la frente al coloso totalitario.

M. M. V.

El subtítulo de este libro —Origen, esplendor y ocaso del Imperio Inkaico— define escuetamente un contenido que aparecía demasiado general en el ambicioso título **Dioses, templos y ruinas**. Y efectivamente su autor procura dar una visión de conjunto de la historia de la civilización andina, o de las diversas culturas que se sucedieron en la región de los Andes que hoy ocupan Ecuador, Perú, Bolivia y el norte de Argentina y Chile.

El tema es subyugante y cargado de misterios. No es el menor la ubicación cronológica de estas civilizaciones andinas. A la primera de todas, o mejor a la que ha dejado rastros más antiguos, Tiawanaku (al sureste del lago Titicaca), se le atribuye una edad tan variable que oscila, según sea el investigador, entre 18.000 años (Posnansky) y sólo 800 (Uhle)... Y el enigma se oscurece más aún al explicar estas mismas diferencias temporales en la existencia de sucesivas Tiawanakus, construidas unas encima de las otras, como ha ocurrido con la media docena de Troyas que Schliemann ha ido develando. ¿Y qué decir de las diferencias raciales y culturales anotadas entre los sucesivos habitantes de un mismo territorio? ¿No es maravilloso que pueda afirmarse que los pobladores primitivos de este continente provienen de nueve migraciones sucesivas de gentes que salieron de Asia, de Oceanía, de Groenlandia, por tierra y por mar? La inexistencia de una escritura que pudiera servir de registro mudo de los acontecimientos de esos pueblos, agrega más dificultades a los investigadores. Cuando los españoles llegaron a América pudieron aprender los idiomas autóctonos; pero la mayor parte de los relatos indígenas eran legendarios y de cualquier manera no se referían sino a aconteci-

mientos de relativamente poca antigüedad.

Y precisamente otro factor de confusión posterior ha sido la forma escrita que los colonizadores dieron a aquel lenguaje hablado. Por ello es que en el Perú se ha producido un acuerdo técnico para llegar a una escritura fonética que se atenga a la pronunciación indígena. Así es como aparecen en este libro muchos vocablos que desde nuestra niñez conocíamos con otra ortografía. Así el nombre del príncipe, y lo que escribíamos quechúa o quichúa se transforma en keshwa. Y el supremo dios Viracocha hoy es Wira-Kocha. El inca Huáscar es el inka Waskar, y el fundador de la dinastía Manco Capac se convierte en Manko Kapaj.

El autor no es en la vida real un simple admirador de estas culturas americanas, sino que ha intervenido personalmente en trabajos arqueológicos, lo que le permite agregar a la referencia de exploradores anteriores (que transcribe íntegramente con gran probidad científica y, a veces, con ingenuidad impropia en un americano), descripciones directas del ambiente y de los restos estudiados. Y aunque sus originalidades no resulten demasiado evidentes, el lector corriente, y también el estudioso, aprovechan de este libro su gran acumulación de datos y documentos. Asimismo hay un intento de correlación cultural y de puesta en limpio de la historia de los pueblos andinos que es, para nosotros, profano, el principal aporte propio del autor.

Entre Tiawanaku y el Tawantinsuyu (nombre del imperio inkaico) hay una serie de culturas con modalidades diferentes entre sí, que han dejado indicios dispersos y que plantean una multitud de enigmas de difícil o imposible solución. Se denominan, según la región en que

los arqueólogos han hallado los restos, Nazca, Chancay, Paracas, Chimú, Chavin, etc. No se conoce exactamente su ubicación temporal ni sus relaciones efectivas con los creadores del Tawantinsuyu; pero allí están sus despojos, sus utensilios domésticos, sus cerámicas, sus piedras labradas, sus metales trabajados, testigos mudos de una vida física y espiritual que nos resultan extrañas.

Y finalmente el autor se adentra en la cultura inkaica, estudiando por separado y detalladamente su religión, las artes y las ciencias, su arquitectura, la política, la economía, la organización administrativa. Y también la historia, esa historia plena de neblina antes del arribo de los españoles, y de inexplicable decadencia y muerte en los pocos años de la conquista. El trabajo de Gérol es en esta parte muy completo, nos reconstruye con bastante verosimilitud la vida del imperio que tuvo su capital en el Kuzko, nos deja entrever su literatura, su música, sus pequeños asuntos domésticos y sus grandes obras militares, tales como las fortalezas andinas de las que la recientemente explorada Machu Pichu es un ejemplo asombroso.

Desde luego que no somos nosotros los más autorizados para juzgar sobre el valor técnico de esta obra; nos parece que la posee pero sería audaz avanzar afirmaciones fuera de nuestra capacidad, podemos decir, en cambio, que produce un acercamiento no sólo intelectual sino aún emocional a culturas que son las raíces ancestrales de nuestros pueblos americanos. Somos, sí, hijos de Europa, pero, ¿cuál es la cuota de extraños componentes que nuestra nacionalidad agrega al legado occidental?

E. Harry Gérol — DIOS, TEM-
PLOS Y RUINAS. — Hachette,
606 págs. profusamente ilustra-
das, Buenos Aires, 1961.

EL NOMBRE ES LO DE MENOS

Si se mezcla un poco de Poe, otro de William Irish, unas gotas de Roberto Arlt y al todo se le agrega la poesía de Carlos Valdés tendremos una representación aproximada de lo que este poeta mexicano ha hecho con sus relatos cortos. A veces domina su verdadera esencia lírica y se produce un pequeño juguete amable como es el que titula el volumen; el otro extremo está en **El cinico**, un cuento de tipo materialista en donde un sinvergüenza triunfa en todos los terrenos. Sin embargo en ambos está el mismo autor, puesto que su estilo consiste siempre en hacer que lo inverosímil, lo insólito, se instale en la realidad cotidiana, y satisfaga sus leyes lógicas.

La elaboración de cada relato es despareja, pero surge la evidencia de que ha sido cuidada como si tratara de sonetos, donde cada palabra tiene su valor y su lugar exacto. No creemos que esta clase de trabajos tenga una importancia mayor que la de meros divertimientos.

Sin embargo su lectura es recomendable para dos clases de personas: para las que estúpidamente creen que no hay más realidad que la que se cumple silogísticamente; y para las que, ubicadas en un standard intelectual más alto, necesitan ejercitar sus facultades atléticamente para no perder la

necesaria agilidad. En este caso, además, se divertirán mucho con las salidas chisporroteantes de un autor que indudablemente no ha perdido la inocencia adolescente.

Carlos Valdés — EL NOMBRE ES LO DE MENOS. — Fondo de Cultura Económica, 115 págs., México, 1961.



UNA EDICION SALVAT
EDICION SALVAT
ES UNA EDICION SALVAT

7.000 páginas
9.000 grabados
en negro y color
800 artículos
monográficos.

5a. EDICION
1961

UNIVERSITAS

ENCICLOPEDIA CULTURAL

20 TOMOS
Y UN TOMO INDICE

La verdadera Universidad de hoy
es una colección de libros

Carlyle

UNIVERSITAS es una colección de libros en la que se encierra el verdadero espíritu de la Universidad de hoy. En sus páginas se hallan reunidos cuantos conocimientos son indispensables a la cultura del hombre y de la mujer en nuestros días. UNIVERSITAS es un compendio de cuanto de noble, útil y bello ha realizado o ha llegado a conocer el Hombre en su constante afán de perfección, de sabiduría y belleza. Esta edición, renovada, ampliada y rigurosamente actualizada, resulta un alarde tipográfico difícilmente superable.

El fabuloso equipo de colaboradores de esta monumental obra incluye entre otros a: JACINTO BENAVENTE, RICARDO LEVENE, GREGORIO MARAÑÓN, ANDRÉ MAUROIS, JOSÉ PUJOL, etc. etc.

En COMODAS MENSUALIDADES usted puede adquirir ésta o cualquier otra obra del sello SALVAT en:

EDITORIAL MEDINA
GABOTO 1525 - MONTEVIDEO - TEL. 44.100

UNA EDICION SALVAT
ES UNA EDICION SALVAT
ES UNA EDICION SALVAT



TARZÁN CAZA...UN HOMBRE...QUE HABLA...NO COMO LOS HOMBRES...SINO QUE GRITA, COMO LOS GRANDES MONOS.



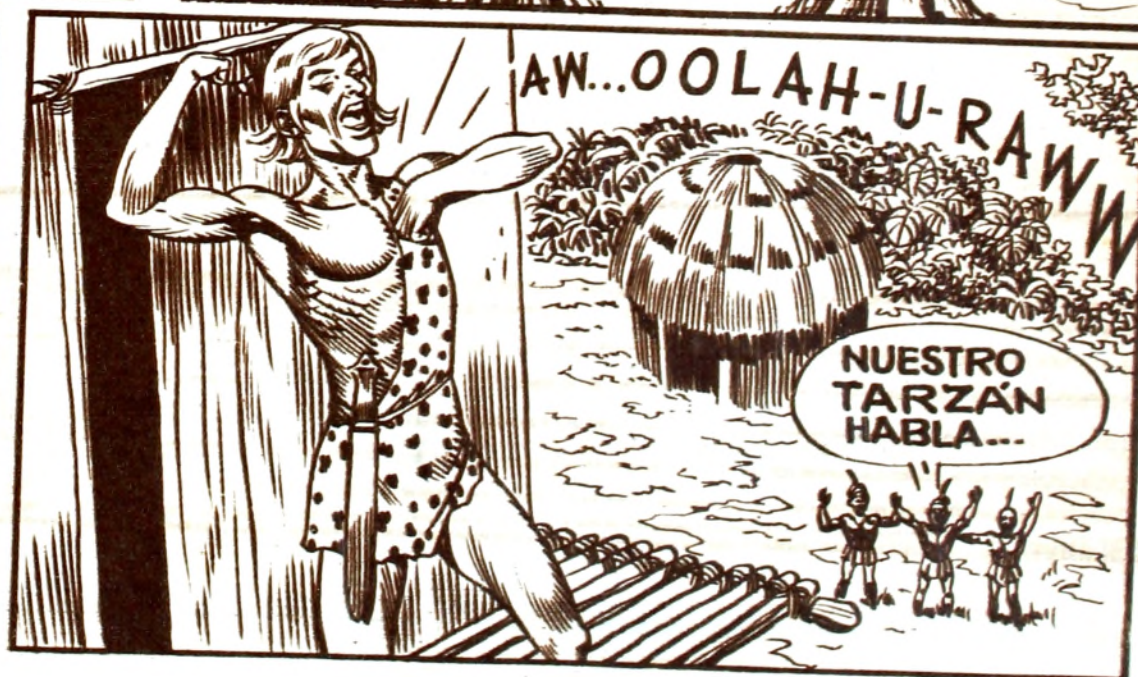
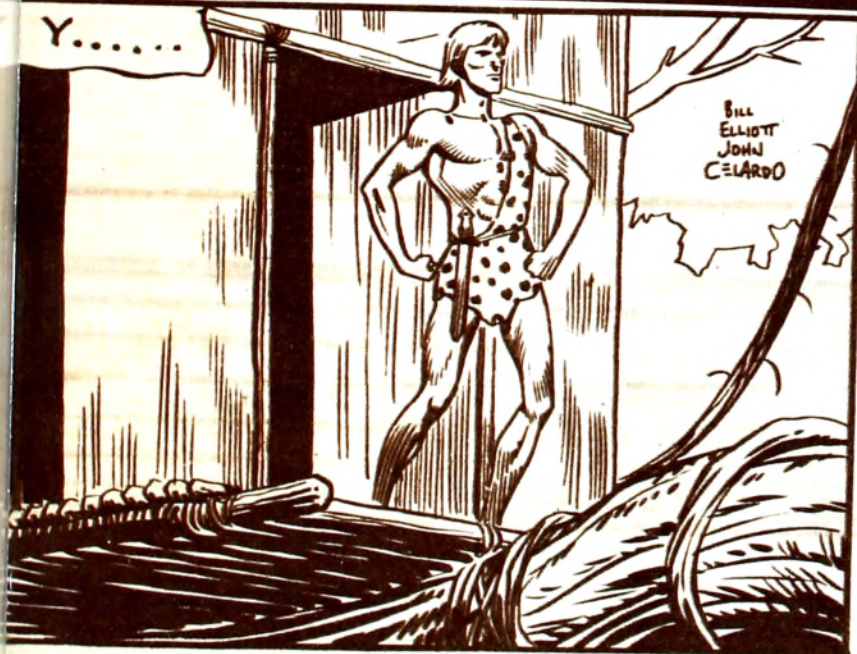
MIENTRAS TARZÁN SE APROXIMA A LA ESCONDIDA MORADA DE LOS PIGMEOS, EN LA FORESTA, EL RECUERDO DE LO QUE LE CONTARON, GOLPEA SU MENTE: "NUESTRO TARZÁN, DIJERON, "ES ALTO COMO TÚ." TIENE PIEL CLARA COMO TÚ." "PERO CHILLA COMO LOS MONOS, VIVE EN LOS ÁRBOLES, COMO UN MONO." TÚ NO ERES TARZÁN."



LOS ARBOLES ENMARAÑADOS DE LA SELVA DE LOS BANTIS, LE PERMITEN A TARZÁN, ESPIAR OCULTO. LUEGO...



...LUEGO TARZÁN TOMA EL CAMINO DE LAS ALTURAS, SOBRE LOS TECHOS BANTIS.



Nutre,
vigoriza,
fortalece.

TODDY

No tiene,
ni puede
tener similares



paños

están este
OTOÑO e
INVIERNO
otra vez en la
Sección Tejidos
más completa del país.



LO QUE LA MODA INDICA
EL MAS BRILLANTE Y VARIADO SURTIDO
LOS PRECIOS MAS ACCESIBLES

VELOUR MELANGE,
pañó muy souple. Ancho
1.40, el metro **\$28.50**

PAÑOS FANTASIA, RA-
YADOS Y ESCOCES
de gran abrigo. Ancho
1.40, el metro **\$31.50**

PAÑO GAMUZA, en la
gama completa de colores.
Ancho 1.40,
el metro **\$46.50**

CHEVIOT, regio paño en
rayados y escoces para
sport. Ancho
1.40, el metro **\$52.50**

VELOUR FANTASIA, en
variedad de dibujos esfu-
mados. Ancho
1.50, el metro **\$52.50**

PAÑO ESPIGA, de alta
novedad para tapados
sport. Ancho
1.50, el metro **\$58.50**

BOUCLE, paño labrado
en colores clásicos. Ancho
1.40, el metro **\$65.00**

PAÑO TRAMA TELAR,
a cuadros y fantasias ex-
clusivas. Ancho
1.40, el metro **\$68.50**

TWEED FANTASIA, el
pañó impuesto para la
presente estación. Ancho
1.40, el metro **\$72.50**

PELO DE CAMELO, en
variedad de colores. Ancho
1.40, el metro **\$78.50**

MOHAIR, en regia cali-
dad, en los tonos de moda.
Ancho 1.40,
el metro **\$85.00**

ALPACA Y MOHAIR, co-
lores exclusivos, gran nove-
dad. Ancho
1.40, el metro **\$110.00**

NOVEDADES IMPORTADAS

Astrakanes,
Panas y Terciopelos,

Paños y Lanas
Blin & Blin, Francesas.

Paños fantasía y a
cuadros, Ingleses.



CASA MATRIZ Av. AGRA-
CIADA 2302 esq. Marcelino
Sosa - Tel. 20 09 61

SUCURSAL GOES - Av. GE-
NERAL FLORES 2341 esq.
Marcelino Berthelot.
Tel. 2 42 00-2 43 00-2 44 00

SUCURSAL CORDON - Av.
18 DE JULIO 1601 esq. Car-
los Roxlo - Tel. 40 41 11

CLIENTES DEL INTERIOR: Dirijan
vuestros pedidos a nuestra CASA
MATRIZ, Avda. Agraciada 2302
y M. Sosa.